JACINTO BENAVENTE

LA NOCHE DEL SÁBADO

NOVELA ESCÉNICA EN CINCO CUADROS

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Salón del Prado, 14, hotel

1903

LA NOCHE DEL SABADO

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

JACINTO BENAVENTE

La noche del sábado

NOVELA ESCÉNICA EN CINCO CUADROS

Estrenada en el TEATRO ESPAÑOL la noche del 17 de Marzo de 1903

MADRID
R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°
Teléfono número 551

1903

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
EL LECTOR	Sr.	Díaz de Mendoza (F.)
IMPERIA	Sra.	Guerrero.
PRINCESA ETELVINA		Segura.
CONDESA RINALDI		Martínez.
LADY SEYMOUR		Bofill.
EDITH	Srta.	Egido.
DONINA		Blanco.
JENNY	Sra.	Bueno.
LELIA	Srta.	Torres.
ZAIDA		Colorado.
MAESTÁ		Caucio.
ESTHER	Sra.	Socías.
JULIETA	Srta.	Perlá.
ROSINA		Villar (C.)
PEPITA		Villar (D.)
CELESTE	Sra.	Segarra.
TERESINA	Srta.	Fuentes.
NELLY	Sra.	Bofill.
FANNY	Srta.	Egido.
MARCELA		Cotera.
LEONARDO	Sr.	Díaz de Mendoza (F.)
PRÍNCIPE MIGUEL ALEJANDRO		Medrano.
EL PRÍNCIPE FLORENCIO		Díaz de Mendoza (M.)
LORD SEYMOUR		Vilallonga.
EL DUQUE DE SUAVIA		Ruiz Tatay.
HARRY LUCENTI		Perrín.
EL SIGNORE		Carsí.
MR. JACOB		Cirera.

607928

NUNÚ.....	Sr.	Guerrero.
TOMMY.....		Agudín.
TABACO.....		Díaz.
RUJÚ-SAHIB..... ...		Juste.
GAETANO.....		Buil.
CECCO.....		Robles.
PIETRO.....		Soriano Biosca.
COMISARIO		Urquijo.
GENARO.....		Gil.
MARINERO 1.º.....		Miquel.
IDEM 2.º.....		Manchón.
IDEM 3.º.....		Redondo.
IDEM 4.º.....		Castillo.
MOZO 1.º..		Gaztambide.
IDEM 2.º.....		Rivas.
CORNAC.....		Barragán.

Damas, caballeros, artistas de circo, marineros, tziganes, criados, policías, etc.

En una estación de invierno entre Italia y Francia

PRÓLOGO

EL LECTOR

La noche del sábado. Mar, cielo y tierra se unen amorosos con gloriosa alegría; luz, oleaje, montañas, frondas, son como risotadas de un mundo niño, ignorante del dolor y de la muerte. ¡Encantado pedazo de tierra! Deidades, héroes, ninfas y faunos fueran tus únicos habitadores; espíritus de ciencia y de amor, los únicos que te contemplaran; idilios de Teócrito, églogas de Virgilio, tu propia poesía; y si un espíritu de nuestro tiempo triste ennoblece en tí su tristeza, sea el de Shelley, el divino poeta, creyente en la eterna armonía de la Verdad, el Bien y la Belleza; el que no limitó lo infinito y adoró á Dios en todo; por rito de su culto, la misma amorosa letanía del santo poeta de Asís, universal enamorado; el que á todas las criaturas saludaba con su canción de amor ardiente: Hermano sol, hermana agua, hermanos pajarillos, hermano lobo... ¡Todos hermanos! Y aquí en este pedazo de tierra encantado por la naturaleza, ved ahora; son los hombres. Es la estación invernal á la moda; han elegido bien su terrenal paraíso... Pudiera serlo; pero huyen del frío, y traen el frío de su vida; huyen de su vida y su vida les sigue... Para ellos todo camino es del infierno dantesco, y así puede decirles á su entrada...

Per me si va nella citta dolente;
per me si va nell eterno dolore;
per me si va trá la perduta gente.

Digitized by the Internet Archive
in 2011 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

http://www.archive.org/details/lanochedelsbadon00bena

CUADRO PRIMERO

Un hall en una villa suntuosa

ESCENA PRIMERA

LA PRINCESA ETELVINA, LADY SEYMOUR, LA CONDESA RINALDI, EDITH, LEONARDO, EL PRÍNCIPE MIGUEL, EL PRINCIPE FLORENCIO, LORD SEYMOUR, HARRY LUCENTI y el DUQUE DE SUAVIA. Edith toca un laud y Lady Seymour y Leonardo escuchan la música; la Princesa Etelvina, el Príncipe Miguel, Lord Seymour y el Duque de Suavia toman el té en otro grupo. El Príncipe Florencio, la Condesa Rinaldi y Harry Lucenti hojean grabados y aguas fuertes y conversan muy animados. Varios criados atienden al servicio. Un criado entrega un telegrama al Príncipe Miguel

ETEL. ¿Noticias de Suavia?

P. MIG. ¡Gran noticia! (A la Princesa.) Debes ser la primera en comunicarla; lee...

DUQUE ¿Algo grave? (Imponiendo silencio.) La música, señores...

ETEL. ¡Qué alegría! Hijo mío, oye... Su Majestad Imperial ha dado á luz con toda felicidad un Príncipe heredero.

P. MIG. ¡Viva el Príncipe!

TODOS ¡Viva!

DUQUE ¡Viva Suavia!

TODOS ¡Viva!

P. FLOR. (Cogiendo el telegrama.) ¡Por fin!... Un Príncipe, después de siete Princesas. El Imperio ha pesado sobre mí bastante tiempo. Era mi enfermedad; ahora recobraré la salud por completo.

LADY RIN. Tomais alegremente vuestro partido.

ETEL. Un trono no se pierde todos los días.

P. FLOR. (Al Príncipe Miguel.) Contestad en seguida; que no tarde nuestro parabien; nuestros mejores augurios por la felicidad del Imperio.

ETEL. Nadie los juzgará sinceros. Tan mal me conocen; la Emperatriz nos alejó de la corte por celos de que yo tuviera demasiada prisa por ser Emperador; ahora menos que nunca debo volver á Suavia; la vida de mi augusto primo, estaría demasiado ligada á la mía y la mía me basta.

P. FLOR. Bien se advierte en lo poco que cuidas de ella.

ETEL. Ahora que mi vida ya es mía, que me pertenece por entero, concluiré por amarla. ¡Libre! Ya no soy el Príncipe heredero; ya no tendré fijos en mí tantos intereses; tantas esperanzas... y tantos odios. Ni mis siete primas, las princesas, aspirantes á emperatrices consortes, ya que la vetusta ley sálica del Imperio las impide ser soberanas.. ahora no les importará tanto que yo...

DUQUE No hables así; siempre ese tono ligero.

P. MIG. Alteza. Eramos muchos lo que esperábamos en vos; los que os hemos visto nacer y peleamos al lado de vuestro padre. Un Príncipe niño; el Emperador es viejo; el Imperio está perturbado.

P. FLOR. Sí, no es una solución.

ETEL. (Al Príncipe Miguel.) Querido tío, eres joven todavía, puedes ser su regente, como lo hubieras sido conmigo; porque confieso que sobre tí hubiera pesado el Imperio y tú lo hubieras heredado al fin. Mi vida imperial hubiera sido corta.

¡Quién sabe! La vida hubiera tenido objeto para tí... no como ahora. ¡De todos modos, si tú estás contento!...

P. FLOR Muy contento. ¿Y tú? ¿Recuerdas aquella amarga frase de Daudet en *Los reyes en el destierro*? ¿Me querrás menos ahora que no puedo ser rey?

ETEL. ¡Ingrato! ¡loco! Que tú vivas feliz, eso es todo lo que deseo.

LADY Justamente. Edith tocaba la marcha de vuestro perdido Imperio; es muy original.

P. FLOR. ¿Al laud? Sonaría como algo moribundo. Es una marcha guerrera de trompetas y tambores; no se comprende sin relucir de espadas y arneses; es todo el alma guerrera de nuestra patria... y ya véis, dicen que la compuso un monje extranjero para los funerares de un poeta.

DUQUE Es una leyenda ridícula.

LADY Es bonito, un monje, un poeta...

LEON. Tennyson hubiera escrito un poema.

LADY ¡Gran poeta Tennyson! Un poeta caballero, admitido en la mejor sociedad.

HARRY (A Leonardo.) Lady Seymour quiere confundirme con su desprecio. No perdona al Príncipe mi invitación.

LEON. Eres el escándalo de Inglaterra.

HARRY Registra los *secretaires* de sus grandes señoras, y en todos encontrarás un tomo de mis poesías junto á las cartas de sus amantes... Sobre la mesa del salón, se obstenta la Biblia y los libros de Kipling.

LEON. Y un esposo respetable delante de la mesa.

HARRY Después de comer, debajo.

LEON. Ayer te dije yo esa broma, y te pareció de muy mal gusto.

HARRY Y sigue siéndolo, cuando lo dice un extranjera. ¿Tú crees que es tan fácil dejar de ser inglés? Inglaterra me ha desterrado como á Byron.

LEON. Pero tú no has podido desterrar á Inglaterra.

RIN. ¿Byron? Yo no le encuentro inmoral. Yo aprendí el inglés leyendo á Byron y era yó una niña.

LEON. ¿Y no os quedaba que aprender más que el inglés leyendo á Byron?

RIN. Las italianas no somos como Lady Seymour; no nos asusta alternar con los poetas desterrados.

LEON. La Condesa está curada de espanto.

RIN. Convaleciente nada más; por eso paso aquí todos los inviernos.

LEON. Siempre sola.

RIN. Mi marido no quiere venir.

LEON. Sí: él ya está curado.

ETEL. Suavia arderá en fiestas á estas horas.

DUQUE La corte, la gente oficial; el pueblo amaba al Príncipe Florencio; no podía olvidar que era hijo del libertador; del invencible; de vuestro esposo venerado en Suavia.

ETEL. Es verdad; pero ya sabéis cuanto se ha tramado en estos últimos años para desacreditar á mi hijo.

DUQUE ¿Qué vida de joven á los veinte años podría soportar esa continua fiscalización?

P MIG Pero si Florencio hubiera sido otro... No quiero entristecerte; es tu hijo único, se cuánto le quieres; pero la conducta de Florencio...

ETEL. ¿Qué vas á decirme que yo no sepa? Bastante he llorado. Pero ahora su salud solo me interesa. Aquí ha de reponerse.

P. MIG ¿Aquí? Dos días hace que habéis llegado, y ya el prefecto de Policía se ha creído en el caso de advertirme qué peligrosos lugares frecuenta el Príncipe.

ETEL. ¡Dios mío!

P. MIG. El prefecto es un hombre de mundo. El signore, como le llaman aquí todos. El Príncipe de este minúsculo Estado le paga espléndidamente por conservar la tranquilidad, y sobre todo el decoro aparente de esta peligrosa cosmópolis á donde acude gente de todas partes y de todas clases.

ETEL. ¿Y dices que Florencio?..

P. MIG. No temas. El signore ha destinado agentes secretos que le siguen siempre y le protejerán si llega el caso. Pero es vergonzoso.

ETEL. Sí lo es; compadéceme. No le faltaba más que haber intimado con Lucenti, ese poeta

medio inglés, medio italiano; un hombre siniestro, sin sentido moral. Lord y lady Seymour están escandalizados de verle aquí.

P. MIG. ¿Es cierto? Sí, he notado... pero yo creía... Voy á saberlo. Mi Lady, acaban de decirme que no os agrada la presencia de Harry Lucenti.

LADY En efecto, nadie recibe á ese hombre en su casa.

P. MIG Perdonad. Me pareció haberos visto hablando con él ayer mismo en el Casino.

LADY Y muchas veces; pero nunca delante de mi marido.

P. MIG. Es que á vuestro marido también le he visto conversando con él en la mayor intimidad.

LADY De seguro; pero nunca delante de mí.

P. MIG. La corrección inglesa es más complicada de lo que yo creía.

LADY Es respetabilidad.

RIN. (A Leonardo.) No estoy de humor para que luzcais vuestro *esprit* á costa mía... Estoy muy triste, muy triste... ¡No sabéis todo lo triste que estoy!

LEON. Y estais rabiando por decírmelo.

RIN. Los artistas son confidentes muy peligrosos. Todo se lo cuentan después al público.

LEON. Yo soy escultor; para que mi arte pudiera contar al público vuestros secretos... ¡figuraos! Un arte plástico. A propósito; seríais una diosa Juno admirable.

RIN. El otro día dijísteis una Minerva.

LEON. Y otro día diré una Venus; hay días para todo.

RIN. Otras habría peor modeladas.

LEON. Ya lo creo.

RIN. Hay que advertir que no llevo corsé; un justillo á la griega.

LEON. Esas confidencias ya entran en mis dominios. Yo las pedía espirituales.

RIN. ¿Por qué pensais que he venido aquí esta noche?

LEON. ¡Qué sé yo! Probablemente porque el Príncipe Miguel os ha convidado á comer, como

á todos los que estamos aquí, para celebrar el feliz arribo de su cuñada la Princesa Alejandra Etelvina y de su augusto hijo, el Príncipe Florencio, malogrado Emperador.

RIN. ¿Invitarme? Al contrario, he venido por eso; porque no estaba invitada.

LEON. ¿Cómo?

RIN. Parece que se me considera como una *declascé*. Yo me tengo la culpa; yo he sido presentada al Príncipe oficialmente en París, por el embajador de Italia. Pero aquí, fuera de toda etiqueta, viene uno á distraerse, á cambiar de vida, y se alterna con todo el mundo; el Casino, las carreras, el tiro de pichón, son un terreno neutral como el país; en algún sitio de estos encontré al Príncipe con su... con su...

LEON. Con Imperia.

RIN. ¿Iba á dejar de saludarle? ¡Qué ridiculez! Yo no soy como lady Seymour, que no saluda en público á un compatriota de talento; á un artista como Harry Lucenti.

LEON. Sí, es ridículo.

RIN. En Italia, la belleza y el arte son sagrados; fué un Pontífice el que dijo á propósito de Benvenuto Cellini, que artistas como él debían estar sobre todas las leyes. Yo no he reparado en tratarme con la amiga del Príncipe; no me he privado de asistir á las fiestas de su *villa*; ni de permanecer aquí cuando ella viene á última hora algunas noches y se prolonga la velada entre los íntimos. Son las más agradables. Pero el Príncipe ha tomado mi condescendencia por una abdicación; por eso me he atrevido á presentarme sin ser invitada... El, naturalmente, no no se ha dado por entendido; pero la Princesa me ha recibido con frialdad.

LEON Aseguran que es muy rigorista, que solo admite á su alrededor dragones de virtud. .

RIN. Y de fealdad, como esa damita de honor, la hija del Duque de Suavia; una joven romántica, que la Princesa, con todo su rigorismo, tiene al lado, para que el Príncipe

Florencio se entretenga algo más en casa y no escandalice tanto á la corte de Suavia.

LEON. ¡Pobre Príncipe! Es muy simpático; curioso de arte, infatigable perseguidor de la belleza.

RIN. ¡Demasiado! ¿No fué también amante de Imperia antes que su tío?

LEON. Eso dicen.

RIN. Y después que vos...

LEON. Yo nunca fuí su amante; fué mi modelo nada más; á mi estatua debe su nombre Imperia. En mi estudio de Roma la conoció el Príncipe Florencio.

RIN. Que os dejó... sin modelo. Ya veis que me dejo convencer. Enfermásteis de pena.

LEON. De la *malaria*.

RIN. Cambió vuestra vida por completo; vuestro arte adoleció del cambio. ¿No es verdad que hicísteis pedazos un magnífico bloque de mármol preparado para esculpir una obra gigantesca? El Triunfo de la vida; una obra de genio, que no hubiera sido la última. Italia hubiera contado dos Leonardos igualmente grandes.

LEON. ¡Leonardo! No sabéis cómo ese nombre, el mío, influyó en mí desde que nací como un prestigio sobrenatural. Por devoción al divino de Vinci me llamó así mi padre; mi padre era un poseído del amor á todo lo bello; un idólatra de los grandes artistas... ¡Un nombre grande que me obligó desde niño á soñar con grandezas! Pero un gran ideal, solo desmenuzado en migajas puede lograrse. Ya lo veis, de aquel bloque mismo de Carrara en que debí esculpir mi obra soñada, labré esas mil figurillas que habéis visto en Exposiciones y escaparates primero, después en saloncitos y *budoirs* elegantes; lindas, graciosas; el público las celebra y se venden muy bien. En vez de una llamarada de inspiración en una sola obra gigantesca, una chispa de gracia artística en cada juguete de esos; en vez del monumento que inmortaliza un hecho heróico y habla al

alma de todo un pueblo, el *bibelot* que sostiene una lámpara eléctrica ó sirve de pisa papeles... ¡Y pensarán que así realizo mi ideal artístico! ¡Y por mis obras juzgarán de mi espíritu! ¡Verán la llanura de menuda arena; no comprenderán que fué montaña que se derrumbó pulverizada!

RIN. ¿Y cuando el ideal es de amor como el mío?...

LEON. Ya sabéis el secreto. Romped el bloque de vuestra estatua soñada y contentaos con figurillas.. Amad en cada una lo que hubiérais amado en una sola.

RIN. No es lo mismo decir he amado á muchos que decir he amado mucho. Juzgad por vos. Rompísteis el mármol. ¿Pero habéis olvidado á vuestro modelo, á vuestra Imperia? ¿Por qué estáis aquí si no es por ella?

LEON. Todos estamos aquí por algo.

RIN. Por algo que no decimos. Lo cierto es que todos procuramos huir de nuestra vida; la vida impuesta por nuestra posición oficial en el mundo... Por eso acudimos á este lugar de promiscuidades en que todo se ve y se observa; pero en que todos convenimos en no enterarnos de nada. Ved; esta noche la presencia de la Princesa nos impone el respeto, y estamos todos aburridos, sin agrado, como quien está con el pensamiento donde quisiera estar con cuerpo y alma.

LEON Pasamos por el mundo como sombras de nosotros mismos... Creemos conocer á los que pasan á nuestro lado, y nada sabemos de su alma.

P. FLOR. (A Harry Lucenti.) Acompañaré á mi madre cuando quiera retirarse; no quiero que se inquiete por mi salud; diré que me acuesto y saldré en seguida á buscarte. ¿No faltará esa gente?

HARRY Iremos al teatro á buscarlos. ¿No conoces el nuevo teatro de Mr. Jacob? Un *music-hall* espléndido; de un gusto deplorable, pero muy divertido. Con menos carácter, sin embargo, que la antigua barraca de títeres,

junto al puesto, tan pintoresca con su público de marineros y cargadores, muy sorprendidos de ver aparecer por allí de cuando en cuando á una gran señora curiosa de aventuras. Pero aun existe la *trattoria* de Cecco con su clientela de siempre, pero con mejoras; el extranjero que se arriesga por allí, asiste á toda una representación; baile popular, duelo á cuchillo, *razzia* de la policía; todo ensayado y dirigido por Cecco... pero la verdad misma.

P. Flor. Podemos cenar allí con esa gente; me divierte más que el eterno *restaurant* de *mut*.

Harry Es más divertido. Advertiremos que nos supriman la representación por esta noche. Estamos en el secreto. (Siguen hablando.)

Rin. (A Leonardo.) Tenéis razón; debí consideraros antes como un amigo; pero vuestra amistad con el Príncipe me hizo desconfiar. Mi marido puede volver de Embajador á Suavia; entre esta gente no quiero que trascienda nada. De otro modo, ya hubiera dado aviso al prefecto.

Leon. ¿Al Signore? De ningún modo. Sin él sería esto un Paraíso; para justificar su sueldo y otras subvenciones indirectas, procura reunir aquí todos los inviernos á la más florida pillería de todas partes. Pero no tengáis miedo; corre de mi cuenta ese asunto... ¿Decís que trabaja en el *music-hall*? ¿Un acróbata? ¿Un hermoso bruto?

Rin. Muy bruto, pero admirable... Sois artista; lo comprendéis todo.

Leon. ¿Y decís que os amenaza de continuo con dar un escándalo?

Rin. Llevo entregados más de cinco mil francos.

Leon. Eso es horrible. Habéis sido débil... dos veces.

Rin. No diréis á nadie...

Leon. Yo no; pero ya lo sabía; no vayais á creer que lo saben por mí los que me lo dijeron antes.

Rin. ¿Se dice? ¿Se sabe?

Leon. No os asustéis. A Lady Seymour le ocurrió lo mismo con uno de sus *grooms*, y ahí la te-

néis envuelta en el pabellón británico, sin dignarse dirigiros la palabra en toda la noche. He notado que muchas personas le muestran á uno frialdad, no por lo que saben de uno, sino por lo que se figuran que uno sabe de ellos.

ETEL. Por eso debe uno decir todo lo que sepa de todo el mundo. No por mala intención, al contrario, para cultivar la humildad y la tolerancia; para que se vea que todos somos del mismo frágil barro. Después de todo, la virtud sólo está compuesta de los vicios que no se tiene. Si fuera virtud no comer manzanas, y yo hubiera sido Eva, no se pierde el mundo; porque yo no puedo ver una manzana; pero no se me ocurre murmurar de los que las comen; sus motivos tendrán.

LEON. Todo tiene su razón; hasta la locura.

ETEL. (Levantándose.) Nos retiramos, es tarde. (Al Príncipe Miguel.) ¿Almorzarás mañana con nosotros?

P. MIG. Sin falta. Escribiremos al Emperador.

DUQUE. (A un Criado.) El coche de su alteza; señores, su alteza se retira.

ETEL. Buenas noches á todos; bien hallados, antiguos amigos... Mi Lady... Siempre ocupáis el mismo lugar en mi afecto.

LADY Gracias, alteza.

ETEL. Condesa... (A Leonardo.) Mi amable artista, vuestras obras ocupan siempre un lugar preferente en mi casa. ¿Trabajáis mucho? Es encantador vuestro nuevo estilo. Como los grandes artistas de otros tiempos, no desdeñáis ennoblecer con vuestro arte, mil objetos entregados antes á la industria vulgar. Señores...

P. FLOR. (A Harry.) No tardes.

HARRY Llegaré antes que tú. Hasta ahora.

P. FLOR. Querido tío, hasta mañana.

P. MIG. Cuida tu salud, no entristezcas á tu madre.

P. FLOR. Ya ves mi vida. No saldré en toda la noche.

ETEL. Así me lo ha prometido. (Salen la Princesa Etelvina, el Príncipe Florencio, el Duque de Suavia, Edith y el Príncipe Miguel.)

ESCENA II

LA CONDESA, LADY SEYMOUR, LEONARDO, LORD SEYMOUR y HARRY LUCENTI. Después el PRÍNCIPE MIGUEL

RIN. La Princesa se conserva admirablemente.

LEON. Es joven todavía.

LADY Lleva una vida santa; es muy buena para los pobres.

RIN. En Suavia es muy popular.

LEON. Yo creo que en la corte inquietaban más las virtudes de la Princesa que los extravíos de su hijo; por eso les han aconsejado que viajen.

LORD No me preocupo de los asuntos extranjeros.

LEON. Hablaba para mí sólo, milord; los artistas tenemos esa costumbre.

LORD Mala costumbre. (A Lady Seymour.) Te acompaño. ¿Dónde pasas la *soirée*?

LADY En *villa* Miranda. Hay música *di camera*. ¡Deliciosa!

P. MIG. (Entrando de nuevo.) La Princesa va encantada de vuestra amable compañía.

LADY A su lado todo es amable. Alteza, hasta muy pronto. ¿Habéis recibido la invitación para mi concierto?

P. MIG. Un concierto que sólo una verdadera artista como vos sabría organizar. (Salen después de saludar Lady Seymour, Lord Seymour y el Príncipe acompañándolos.)

ESCENA III

LA CONDESA, LEONARDO y HARRY LUCENTI

RIN ¿Lo veis? Tampoco me ha invitado. No me importa. Para nada necesito su invitación.

LEON. Por supuesto, os presentaréis sin ella.

RIN. Tenedlo por seguro.

HARRY No os permitais esa libertad con una dama inglesa; arriesgais demasiado.

RIN. Me presentaré del brazo de uno de sus *grooms.*

HARRY No está bien hablar de asuntos extraños.

RIN. ¡Ah! Defendéis á vuestra hipócrita sociedad después que sois una víctima de ella.

HARRY No me quejo. Yo hago mi voluntad, ellos la suya. Escandalizo Inglaterra; el mundo es muy grande.

RIN. Y escandalizais el mundo.

HARRY El mundo es estúpido. Si viviera uno para el mundo... ¿Vos vivís para el mundo?

LEON. La Condesa sí, y muy contenta.

RIN. Y me preocupo mucho de la opinión.

LEON. Ya se conoce.

RIN. Sin ironía.

LEON. En serio. ¡Vaya si se conoce! Pues digo si no os preocupara...

HARRY Me espera el Príncipe Florencio.

RIN. Es gran amigo vuestro... De haber llegado á emperador, hubiérais sido á su lado algo así como...

HARRY ¿Su bufón queréis decir?

RIN. Sois muy triste para bufón.

HARRY Los *clowns* ingleses son así; pueden servir para hombres de estado en otros países.

LEON. Los bufones son siempre tristes. La risa es la gran enterradora. Se llora por lo que aún vive, por lo que aún duele, por lo que aún se recuerda; cuando se ríe de algo, amor, creencia, ilusión ó memoria, es porque está bien muerto. Los bufones de Shakespeare son los más trágicos de sus tragedias. Hamlet se empequeñece ante los sepultureros que cantan y ríen entre las sepulturas; y al golpear de sus azadas en la huesa, salta la calavera del bufón Yorik para reir todavía con la mueca horrible de sus mandíbulas apretadas... Todo muere; sólo la risa sobrevive. ¿Qué es la vida eternamente renovada, sino la risa triunfadora conque el amor vence á la muerte?

RIN. Pero la muerte es el fin de todo... y después...

HARRY Después el infierno. Por suerte, en Italia te-

néis un hermoso Infierno; ya os veo, querida Condesa, en el mismo círculo que Francesca; en la mejor sociedad, como siempre.

RIN. No bromeeis con esas cosas. Yo tengo fe, y espero salvarme.

LEON. ¿Por qué no? Casi todas las vidas de santos, las más ejemplares, tienen dos partes; estais en la primera todavía.

RIN. No hablemos de esto. Si supiérais las noches que he saltado de la cama dando gritos, loca de espanto, porque al ir á domirme, la idea de la muerte se apoderaba de mí. Y otras veces de día, en uno de esos días de luz y de fiesta, entre una multitud gozosa, pienso que toda aquella gente no existirá dentro de algunos años, que han de morir todos.. y siento impulsos de gritarles como si un peligro inminente les amenazara; y cae sobre mí como un velo de silencio y de sombra .. Paso muy mal rato; he consultado con los médicos.

LEON. ¿Y qué os han dicho?

RIN. Que procure distraerme; que duerma siempre con luz, con gente cerca.

LEON. Es un tratamiento sencillo y que no altera la vida.

ESCENA IV

DICHOS, el PRÍNCIPE MIGUEL y el SIGNORE

SIG. ¡Señores! ¡Ah! ¡La Condesa! ¡Cuánto tiempo sin verla! Pero no por eso os olvidaba.

RIN. Muy amable el señor prefecto; mucho más, cuando siempre que he tenido el gusto de verle, ha sido para asuntos desagradables. Cuando el robo de mis alhajas.

SIG. ¡Ya, ya! No tendréis queja de mí. Cuando os pareció oir ruidos subterráneos en vuestra *villa*.. Y cuando aquel famoso *escroc* quiso haceros *cantar* por medio de unas cartas...

RIN. Falsificadas...

SIG. Y cuando los famosos anónimos que recibía

la mejor sociedad refiriendo horrores de vuestra vida... Siempre dispuesto á serviros y á protejeros.

RIN. Gracias, signore .. (Bajo á Leonardo.) Nunca me acuerdo de su nombre.

LEON. Como no usa el verdadero y todo el mundo lo sabe, se le llama el Signore... para no confundirse...

P. MIG. No sabía yo que la Condesa era una de vuestras mejores clientes.

SIG. Temible. El robo de las alhajas, un reclamo formidable para hacerlas pasar por buenas; eran falsas y se tasaron en tres millones de francos. Y los anónimos los escribía ella misma para dárselas de calumniada.

P. MIG. Es graciosísima.

SIG. Pero muy peligrosa.

RIN. (A Leonardo.) Me molesta el Signore; siempre saluda con aire misterioso como si le hiciera á uno el favor de guardarle un secreto.

LEON. Algunos guarda. Dicen que piensa publicar sus memorias.

RIN. Habrá que recoger la edición. ¿Me acompañais?

LEON. Vamos.

RIN. ¿No teneis interés en aguardar á Imperia?

LEON. Ninguno. Vamos cuando querais.

RIN. Alteza, agradecida á vuestra amable invitación.

P. MIG. ¿Os retirais tan temprano? Imperia debe llegar de un momento á otro. Sabe que estamos solos los preferidos, los íntimos...

RIN. He decidido no ser vuestra amiga íntima. No sois agradecido. Yo creí que entre vuestra *villa* y la de Imperia, no había más separación que un pequeño jardín y una puertecilla.. Pero advierto que habeis levantado un muro infranqueable.

P. MIG. No seais rencorosa. No fué culpa mía. La Princesa Etelvina admite muy pocas personas en su intimidad.

RIN. Muy juiciosa determinación. Procuraré imitarla. Hasta la vista. Alteza.

HARRY Voy también. Alteza...

P. MIG. Poeta diabólico, *cicerone* de infiernos como Virgilio, cuidad del Príncipe Florencio; su salud es muy delicada

HARRY Cuido de él tanto como vos, alteza. Le quitásteis su amante por hacerle un bien; yo procuro hacer lo mismo, siempre que puedo.

P. MIG Señores... (Salen la Condesa, Leonardo y Harry.)

ESCENA V

EL PRÍNCIPE MIGUEL y EL SIGNORE

P. MIG ¿Y á qué debo el placer de veros por aquí, Signore?

SIG. El difícil cargo que desempeño, por complacer al Príncipe nada más, podeis creerlo, me obliga á molestias desagradables.

P. MIG. A mí no me molestais nunca.

SIG. No, el molestado soy yo. Figuraos que en Suavia, se observa con recelo que os hallais aquí reunidos los dos príncipes, posibles herederos de la corona imperial.

P. MIG. Hasta ahora. Leed. ¿No teníais noticia?

SIG. Un Príncipe heredero... Me alegro; digo, lo siento por vos... pero me alegro, sí...

P. MIG. No penseis en mí. Alegraos ó entristeceos como lo sintáis.

SIG. Me alegro, porque se temía que conspiráseis; se me había encargado de vigilaros. Y para mí que os conozco, que sé la vida que llevais aquí...

P. MIG. Por no ser emperador hubiera yo conspirado toda mi vida. ¿Creeis que puede cambiarse mi libertad por un imperio?

SIG. No insistais. ¿Os hubiera yo advertido si no estuviese seguro?... El gobierno de Suavia sueña con conspiraciones. Un día es un atentado; otro día una sublevación. La temporada pasada nos obligó á vigilar á un belga, sospechoso de anarquista, que vivía del modo más extraño, en un barracón de madera que el mismo se construyó; en efecto, recibía en su domicilio á las gentes más ex-

trañas y más desarrapadas; creímos haber dado con un centro terrible, procedimos á sorprenderlos y resultó que se trataba de un fotografo de vistas de cinematógrafo. ¡Eso sí! ¡qué vistas! El proceso fué por atentado á las buenas costumbres... Todavía conservo las películas... Si un día queréis presentar una curiosa exhibición á vuestros íntimos, os la prestaré con mucho gusto.

P. MIG. Gracias. Podríais también sorprenderme ese día, creyendo que se conspiraba.

SIG. En mi larga carrera, jamás he cometido una indiscreción.

P. MIG. Y de algo debéis enteraros.

SIG. Poseo la clave de tantos sucesos inexplicables. La mayor parte de la gente conoce de la vida, como del teatro, la escena nada más; y la verdadera comedia está entre bastidores.

P. MIG. A propósito... El Príncipe Florencio...

SIG. Siempre vigilado. Aunque á veces es difícil la vigilancia; ese inglés conoce unos sitios y á una gente... Haría buen policía.

P. MIG. Vos sí que sois insustituible.

SIG. ¿Verdad que sí? Insustituible... Quisiera yo ver esta torre de Babel, donde todo parece tranquilo, amable, en manos de cualquiera... Porque lo difícil de mi cargo no es enterarse de lo que conviene, sino dejar de enterarse de lo que no conviene. Alteza, á vuestras órdenes; y perdonad por haber tenido que sospechar de vos.

P. MIG. Estais perdonado. (Sale el Signore. Imperia ha ido bajando, durante el final de la escena, la escalera del Hall.)

ESCENA VI

IMPERIA y EL PRÍNCIPE MIGUEL

P. MIG. ¡Imperia! ¿Cómo estás? No nos hemos visto en todo el día: No he tenido una hora libre.

IMP. Yo también he tenido gente.

P. MIG Ya veo...

IMP. No, por eso, no; ya sabes que no me visto para los demás; me visto para mí... Me gusta verme así, con trajes hermosos... ¿No han querido esperarme tus amigos?

P. MIG. Todos tenían algún plan esta noche. La Condesa se ha enojado conmigo. No me pareció conveniente invitarla.

IMP. Y ella se dió por invitada. Hizo bien. Donde asisten Lady Seymour y Harry Lucenti, bien puede asistir la Condesa. Es odiosa vuestra hipocresía.

P. MIG. En primer lugar, de Lady Seymour, se dice, pero no se sabe: en cuanto al poeta, es amigo del Príncipe y es un artista...

IMP. La Condesa, en su género, también es artista.

P. MIG Es una loca. Ahora parece que está enamorada de un acróbata, y no se contenta con asistir al Circo todas las noches, sino que entra al foyer de artistas y alterna con ellos.

IMP. Sí; la he visto allí algunas noches.

P. MIG. ¿Tú? ¿Tú vas al Circo?

IMP. Sí, desde hace cuatro noches, sin faltar una.

P. MIG. Nada me habías dicho.

IMP. Nada me habías preguntado.

P. MIG. ¿Y qué locura?...

IMP. No es locura. Yo voy á ver á mi hija.

P. MIG ¿A tu hija? ¿Qué hija es esa? Yo no sabía...

IMP. Nunca me has preguntado. ¿Qué sabes tú de mi vida? Lo que te han dicho los demás, que nada saben tampoco... lo que yo he querido decirte, que siempre te diré la verdad.

P. MIG. ¿Y esa hija?...

IMP. Es del único hombre á quien he querido.

P. MIG. Gracias.

IMP. Le quiero todavía. Siempre.

P. MIG. ¿Y dónde está?

IMP. En la cárcel, indultado de la pena de muerte, por toda la vida..

P. MIG. ¡Poético incidente!

IMP. Mató á un extranjero en Roma para robarle. Llevaba tres días sin comer. Los modelos no ganábamos nada: la *malaria* había ahuyentado de Roma á los artistas.

P. MIG. ¿Y tú vivías entonces con él?

IMP. No: él vivía con su madre; yo con mis padres y mis hermanos y con mi hija. Mi padre tenía una barraca á orillas del río, medio hostería, medio teatro. Nos necesitaba á todos; por el día servíamos de modelos; por la noche bailábamos tarantelas en el barracón, y cantábamos canciones napolitanas. Leonardo tuvo que dar quinientas liras á mi padre para que me dejara ir á vivir con él.

P. MIG. ¡Imperia! ¡Es horrible!

IMP. Es la verdad. ¿Qué iba á hacer mi padre? Había que vivir.

P. MIG. ¿Y tu hija, qué edad tiene?

IMP. Catorce años. Tenía yo quince cuando nació.

P. MIG. ¿Y qué ha sido de ella en tanto tiempo?

IMP. Allá con mis padres.

P. MIG. ¿Y no se te ocurrió nunca tenerla á tu lado?

IMP. ¿Para qué? Yo enviaba dinero para que no les faltase nada. Allí estaba mejor. Yo sí hubiera vuelto muchas veces, pero traerla á ella...

P. MIG. ¿Y ahora?

IMP. Me escribieron que se había enamorado de un muchacho.

P. MIG. ¿A los catorce años? Qué precocidad.

IMP. En Italia, no; no somos como vosotros. De un muchacho que bailaba también en el teatrillo... Se ha escapado con él.

P. MIG. ¡Admirable!

IMP. Y ahora están aquí contratados en el teatro nuevo de Mr. Jacob. Donina, se llama Donina; como yo en mi casa, es la estrella de la troupe. No es bonita, pero es graciosa, graciosa... Es como yo era, como yo hubiera sido. Y el muchacho es un buen mozo. *¡Bello, bello!* Un ángel de Madonna. Pero un pillete redomado; las mujeres se le disputan y Donina se desespera; es celosa, celosa como yo era... como yo hubiera sido.

P. MIG. ¡Pero Imperia! Me da frío oirte. ¿Y tú consientes? tú...

IMP. ¿Qué? ¿Que mi hija quiera á un hombre, que sea dichosa queriéndole, y que sufra

por él?... ¡Esa es la vida! Yo le dije: ¿quieres venir conmigo, vivir en una casa *bella, bella*... con vestidos como éste? Y no quiere... es natural, no me tiene cariño.

P. MIG. ¿No quiere á su madre? ¡Es horrible!

IMP. Es la verdad. ¿Por qué ha de quererme? La dejé cuando tenía dos años; sabía que yo estaba lejos, que la enviaba regalos y besos.. por carta... Mis hermanos le dirían horrores de mí... y mis padres, porque es claro, siempre les parecía poco lo que yo enviaba.

P. MIG. ¿Puede vivirse así?

IMP. ¿Por qué? Si nos queremos. Que alguien hiciera daño á uno de la familia; nos vería á todos unidos para la venganza, sin perdonar al enemigo, aunque pasaran años. Y entre vosotros, ¿qué?... ¿Dónde está vuestro cariño? No os insultáis, ¡es claro! ni andáis á golpes, ni nadie da quinientas liras cuando se enamora ó se casa con una de las vuestras. Es que entre vosotros nada parece lo que es. Ni lo que sentís, ni lo que habláis... Y entre nosotros todo es verdad, por eso parece peor.

P. MIG. Acaso tienes razón. Afrontamos tan pocas veces la verdad de vuestra vida...

IMP. Y ahora te dejo. Voy á ver á mi hija.

P. MIG. Yo también quisiera verla. Espérame allí.

IMP. Pero no te des á conocer.

P. MIG. ¿Por qué?

IMP. Sabe que vivo con un Príncipe y ella se figura á un Príncipe de cuento de hadas... *¡Bello, bello!*

P. MIG. Y tendría una desilusión. ¿No es eso? ¡Qué amable!

IMP. Es la verdad. Ella es... como yo era; sólo comprende el amor... como el suyo... ¡vida, alegría, juventud!

TELON

CUADRO SEGUNDO

El salón de descanso en el «Music-hall»; figura una gruta fantástica. Veladores y sillas á un lado y otro. Caballeros y señoras fuman y refrescan sentados á los veladores. Mozos van y vienen. Al fondo, orquesta de tziganes.

ESCENA PRIMERA

MR. JACOB, UN ARTISTA, RUJÚ-SAHIB sentado; bebe enormemente

JACOB (Al Artista.) ¿Y esto? ¿Qué os parece de esto? Permitidme: desde aquí es el punto de vista.

ART. ¡Admirable! ¡mágico!

JACOB Había que encontrar esto... ¿Eh? ¿Qué me decís? Permitidme: desde aquí es otro punto de vista.

ART. ¡Admirable! ¡mágico!

JACOB Idea mía; no se me ocurrió en un instante, podéis creerlo; ideas así no se tienen todos los días. El salón de descanso convertido en una gruta; es un reposo para el cuerpo fatigado y la imaginación excitada por el espectáculo deslumbrador de la escena. En toda Europa, en toda América, no habéis visto cosa semejante. Es el más espléndido *music-hall* del mundo. ¡Cuatro millones de

francos enterrados! Podéis decirlo en vuestro periódico.

ART. En mi... ¡Oh, Mr. Jacob! Yo no soy periodista.

JACOB ¡Cómo! ¿No sois corresponsal del *Correo de Espectáculos de Milán* y del *Monitor del Empresario de Génova*?

ART. Yo no he dicho...

JACOB ¿Y una tarjeta que he recibido en la dirección?

ART. No es mía... una equivocación. Yo soy artista; artista bien conocido. Venía á proponeros un negocio brillante.

JACOB Un negocio...

ART. Mi contrato; me recomienda...

JACOB ¡Y para esto me tiene dos horas, perdiendo mi tiempo en enseñarle mi teatro! *Andate al diavolo. Morte de un cane. Mais fichez moi la paix toute de suite.* ¡Perder mi tiempo! ¡Un tiempo sagrado!

ART. Mr. Jacob, Mr Jacob... (Mr. Jacob sale apresuradamente y el Artista le persigue.)

RUJÚ (Llamando á un mozo.) ¿Ha terminado la primera parte?

MOZO En este momento ¿No veis la gente que sale del teatro?

RUJÚ Quita esta botella de delante y trae otra botella... Esta la pago yo; no va á la cuenta de *madame*.

MOZO *Madame* dice que no paga más cuentas; ayer armó un escándalo.

RUJÚ Dice que ésta la pago yo; trae otra botella; no habla más ó rompe la cabeza.

MOZO Voy, voy...

ESTHER Mira el de los elefantes.

JUL. Es un tipo...

ESTHER Para completar una colección.

JUL. A mí no me completa, me descabala; sería impar.

ESCENA II

DICHOS, JENNY y TABACO

ESTHER ¡Oh, Tabaco; el clown negrito!... ¡Qué gracia me hace! ¡Parece un mono!

JUL. ¿Es su mujer?

ESTHER Sí, ella es inglesa. Están casados de verdad, y deben quererse mucho porque tienen siete chiquillos.

JUL. ¿Rubios?

ESTHER Hasta ahora no; todos al padre. ¡Qué desanimado está esto!

JUL. No hay más que mujeres.

JENNY (A Tabaco.) ¿Estuviste en el Crédito?

TAB. Sí. (Apuntando en una cartera.) Déjame hacer mi cuenta... He comprado cinco mil francos de renta turca... si puedo vender como la semana pasada, son cien francos que se ganan.

JENNY Muy bueno.

TAB. Tiene que comprar un vestido nuevo para el trabajo.

JENNY ¿Para qué? ¡Tirar dinero! Para hacer el clown. Vas á poner vestidos de seda.

TAB. El ruso pone uno cada noche.

JENNY Y la gente no ríe más por eso... Ser artista como tú... ¿El ruso? Mr. Jacob es idiota de pagarle seis mil francos...

TAB. A Mr. Jacob le parece mucho que yo le hace pagar diez mil francos; busca para echarme del público, pero el público no ríe más que con Tabaco... No hay más que un Tabaco en el mundo... Ahora pone al ruso en la segunda parte, en el buen lugar; y á mí al tercer número de la primera. Y el público viene temprano por verme, y se va temprano por no ver al ruso... El público es quien paga á los artistas; no son los empresarios quien pagan; no es el artista quien pone precio...

JENNY — Mr. Jacob es un canalla... se cree siempre á la barraca. (Entra el Cornac muy apresurado.)

CORNAC — ¡Mr. Rujú! ¡Mr. Rujú!... Venga en seguida. Nerón está muy enfadado; ha roto la barra de su cuadra y no deja poner la manta para trabajar.

RUJÚ — ¡Ahora va, ahora va! Eso es que tiene calor. Hace mucho calor. Que le den cerveza... Yo también quiere cerveza ¡Mozo!

CORNAC — *Madame* no quiere que los elefantes beben cerveza.

RUJÚ — *Madame* no quiere nada, por no pagar nada. Soy yo quien paga la cerveza. Una botella para mí; un cubo para los elefantes. (Entra Mr. Jacob.)

JACOB — ¡Rujú! ¡Rujú! Uno de los elefantes está muy inquieto; ha hecho un estropicio en la cuadra; un estropicio de doscientos francos, y lo peor es que no quiere trabajar.

RUJÚ — Sí trabaja, trabaja. ¡Pobre animal! Es una bestia dulce; solamente no le comprenden.

JACOB — Si no venís á poner orden...

RUJÚ — Espere; no hace nada Nerón; lo conozco yo; no hace nada, no tiene cuidado, el más dulce de los siete.

JACOB — Y no bebais tanto; el público nota cómo salís á trabajar, y los elefantes también lo notan.

RUJÚ — ¿Cómo salgo yo? Yo sé cómo sale... Yo sabe salir al público... Sois un imbecil de decir eso... Yo bebe, bebe... pero yo sé lo que bebe.

JACOB — *Ma andate al diavolo. Domned rascal.* (Rosina y Pepita detienen a Mr. Jacob.)

ROS. — Mr. Jacob, ¿estais enfadado?

JACOB — Ese indio salvaje, después de costarme doce mil francos y la comida de los animales... ¡Y no comen los animalitos! Y el público no se divierte; visto una vez, visto siempre. ¡Un buen negocio! ¡Ah! El negocio. Los que ven el público y me ven aquí solamente, dicen: ¡Ah, Mr. Jacob, el hombre de la suerte! Teatro lleno, grandes *recetas*, el *maximum tous les soirs*... Pero no ven dentro; no ven lo que

son artistas; lo que es una administración... lo que es un negocio...

ROS. Vaya, Mr. Jacob; no me gusta verle enfadado; y ahora que voy á pedirle un favor.

JACOB ¡Favores, siempre favores!

ROS. Es para esta amiguita.

PEP. *Monsieur...*

ROS. Si fuérais tan amable que la concediérais una entrada de favor para la temporada... Concedido: ¿verdad?

JACOB ¿Pero eso es posible que no encontréis quien os pague la entrada?

ROS. Y si no fuera por nosotras, quien vendría aquí?

JACOB Al contrario; habéis echado á la gente bien, á la gente..

ROS. No digais. ¿Cuándo se ha visto por aquí tanto príncipe? ¿Con que seréis amable?

JACOB Basta que sea recomendada tuya. Pasaos luego por la dirección. Pero aconseja á tu amiga que cuide un poco la *toilette*.

ROS. Acaba de llegar; todavía no tiene equipaje... pero corre de mi cuenta...

JACOB ¿De dónde procede tu amiguita?

ROS. De Marsella.

JACOB ¡Oh! ¡De Marsella! Que no diga que viene de Marsella. No es cartel.

ROS. Por supuesto. Como tampoco tiene el aire muy parisién, piensa lanzarse como española.

JACOB Muy gastado también el género español; pero en fin, mejor que Marsella... Lo importante es hacerse una personalidad; no ser una más... En la cara hay algo... Bien dirigida puede llegar... Aunque es muy difícil... ¡Sois tantas! Pero no hay que desanimarse. Buena suerte, chiquitas, buena suerte. No puedo detenerme.

ROS. Muchas gracias, Mr. Jacob.

PEP. Muchas gracias. (El Príncipe Florencio y Harry Lucenti han salido momentos antes y se han sentado.)

ROS. ¿No te decía yo que era muy amable?... Mira, mira... Un príncipe. El Príncipe de Suavia.

PEP. ¿Vienen muchos príncipes?

ROS. Verdaderos, pocos. (Salen hablando.)

JACOB (Al Príncipe.) ¡Alteza! Un gran honor para mí y para mi teatro. A vuestras órdenes, alteza. ¡Caballero! Me olvidaba; en la semana próxima nuevos y sensacionales *debuts*. Un solo número veinte mil francos. El negocio de más en más difícil... ¡Alteza! (Sale de espaldas haciendo cortesías.)

HARRY ¡Admirable, Mr. Jacob!

P. FLOR. Debe llevar una vida muy alegre entre sus artistas. (Mr. Jacob se ha acercado á Mad. Jenny, que hace labor de gancho.)

JACOB Pero Mad. Jenny, siempre hemos de reñir.

JENNY ¿Y por qué, Mr Jacob?

JACOB ¿Es este un sitio para que vengais á hacer calceta?

JENNY ¡Oh! Hace lo que quiere. Trabajo para mis pequeños. ¿Qué mal hay en esto?

JACOB Podéis hacer aquí también vuestra cocina si os parece.

JENNY Es preferible hacer... lo que hacen otras.

JACOB La culpa la tengo yo por tolerar que los artistas pasen con el público.

TAB. ¿A mí dice esto?

JENNY Ya se ve que no estais acostumbrado á tratar artistas

JACOB ¿Yo no estoy acostumbrado á tratar artistas?

TAB. No, esto no es un teatro; esto no es un circo... ¡esto es un burdel!

JENNY (Señalando á las «cocottes».) Esas, esas son las artistas que necesito.

JACOB Si no mirara al público...

TAB. ¿Qué, si no mirara al público? Espera, espera. (Disponiéndose á pegarle. Se interpone la gente, los separan.)

UNOS ¡Mr. Jacob!

OTROS ¡Tabaco! ¡*Messieurs*! (Entra Cornac, corriendo.)

CORNAC Mr. Rujú, Nerón rompe todo; quiere escaparse.

RUJÚ ¡Oh, va, va!... No dejan tranquilo. (Sale con mucha calma, después de beber. Suenan los timbres.)

JACOB No quiero perder mi tiempo... un tiempo sagrado... Llaman para la segunda parte. *¡Stupid people!* (Sale Mr. Jacob.)

TAB. No está un día más aquí; no está un día más... Te lo digo. (Entra Mme. Lelia con un gran cabás)

LELIA ¿Qué os pasa, Mr. Tabaco? Habéis tenido un disgusto con Mr. Jácob. No me extraña. Es un grosero, un indecente... Buenas noches, Mme. Jenny. ¿Cómo están los niños?

JENNY Demasiado bien. No hay dinero para lo que comen y lo que rompen.

LELIA Todo es salud y fuerza, ya lo ganarán.

TAB. Eso sí; serán unos acróbatas magníficos; mejor que los Sheffer.

JENNY ¿Y vuestro pequeño, Mme. Lelia?

LELIA Muy fastidioso, muy fastidioso; como he tenido que quitarle el pecho... con mi trabajo del alambre no era posible; no podía sentarle.

JENNY Yo he criado á los siete con biberón. Los artistas no podemos criarlos de otra manera. Y en seguida á comer de todo.

LELIA ¿Y qué decía Mr. Jacob?

JENNY Muy enfadado porque hago aquí mi labor, un gabancito para mi Alex.

LELIA También se enfadó conmigo la otra noche porque dice que este sombrero no está presentable. ¡Un sombrero que me costó quince francos en la última exposición de París! Aquí estamos demás los artistas y las personas decentes.

TAB. Esto no es un circo. Cuando se ha trabajado al circo de Wulf á Berlín, al circo de Rentz á Viena, al de Corradini á Roma... Esos son establecimientos serios; allí un artista es un artista.

LELIA Eso era antes; ahora todo está lo mismo, poco más ó menos. Con cualquier aparato eléctrico ó cualquier *truco*, se improvisan artistas, y los verdaderos artistas tenemos que trabajar por nada. Me parece que mi marido, en su trabajo de dislocación, es un talento

TAB. No es posible más.

LELIA Y yo en el alambre, sin vanidad, hago lo que pueda hacer cualquiera; y hago más,

hago el paso de frente con pirueta y *flin-flan* que soy la única mujer que lo ejecuta en Europa.

TAB. No cabe más.

JENNY Ha empezado la segunda parte.

LELIA ¿Entrais á ver el espectáculo?

JENNY Sí, al clown ruso; mi marido necesita aprender.

LELIA ¿Es posible, Mr. Tabaco? ¡Qué bromista!

TAB. Sí; Mr. Jacob encuentra muy gracioso al ruso.

LELIA Yo espero aquí á mi marido. Muchos besos á vuestros pequeños, Mme. Jenny.

JENNY Y al vuestro de mi parte, Mme. Lelia. (Salen Jenny y Tabaco —Entran Nunú y Tommy.)

TOM. (Señalando al Príncipe.) Están allí, mira.

NUNÚ Ya decía yo que estarían aquí. Al Príncipe no le gusta entrar en el escenario.

TOM. ¿Nos acercamos?

NUNÚ Cuando nos llamen; ya conoces al Príncipe. Nos sentaremos aquí. Te convido (Se sientan.)

TOM. ¿Y cenamos allí esta noche?

NUNÚ Sí.

TOM. ¿Donina también?

NUNÚ Es tonta.. No quiere venir. Siempre celosa, porque yo bromeo con todas.

TOM. ¿Por qué no bromea ella también?

NUNÚ ¿Ella? Si quisiera... con el Príncipe, nuestra fortuna.

TOM. ¿Y por qué no la haces ir á la fuerza?

NUNÚ ¿A la fuerza? No la conoces. No vendría. Pero vendrá por celos; le dirán que yo estoy allí con otras mujeres... Y ella solita se meterá en la boca del lobo.

TOM. ¿Pero al Príncipe le gusta Donina?

NUNÚ ¡Qué sé yo! Tiene ese capricho. Yo estoy harto de ella y necesito dinero, mucho dinero para quitarme de esta mala vida y ser persona decente. El Príncipe es muy raro; como todos estos grandes señores, no sabe lo que quiere.

TOM. Ya, ya. ¿Sabes lo que le ha sucedido á Fred con una Condesa? Le regaló muchas alhajas y bastante dinero, y ahora que se ha cansa-

do de él, dice que ha sido un *chantage*, y le amenaza con la policía...

NUNÚ ¡La policía! Tonto será si se acobarda. Yo te aseguro que como coja al Príncipe por mi cuenta, no se quejará á la policía.

TOM. Pero el Príncipe... ¿por qué?

NUNÚ ¡Imbécil! Donina es menor de edad. Yo conozco la ley. Al Príncipe no le conviene un escándalo. ¿Has entendido?

TOM. ¡Qué sé yo! Si yo fuera príncipe, me tendría todo sin cuidado.

NUNÚ Y á mí también. Pero esta gente es así; quiere divertirse á su gusto y quiere que no se sepa, y eso cuesta dinero.

TOM. Pero mira que esta gente siempre va bien guardada, aunque no lo parezca.

NUNÚ Este no. Hay interés en sorprenderle en alalgún mal paso. Me han hablado para ello gente de la policía que me ha visto con él. Parece que allá en su país, tiene un partido grande que desea hacerle emperador; por eso le han mandado lejos.

TOM. ¿De modo que estais hecho todo un conspirador?

NUNÚ ¿Yo? ¡Qué me importa! Yo quiero dinero, que es todo lo que nosotros podemos sacar. Por mí, que sea emperador. Yo sólo deseo dejar esta vida, volver á mi tierra, casarme con la muchacha que quiero de verdad, una muchacha honrada de verdad. Su padre no me quiso porque yo era un perdido; pero cuando vea que tengo dinero, una posición...

TOM. De modo que Donina...

NUNÚ Donina... es ella la que me quiere; yo me dejé querer, como de las demás. Todas estas mujeres de teatro son buenas para... esos; *roba di principi.*

TOM. Y yo creí que la querías, que estabas tan contento con esta vida.

NUNÚ Se vive como se puede, pero pensando en otra cosa que está más cerca ó más lejos... ¿No vives tú también así?

TOM. Eso sí; pero yo estoy atado con esa mujer y el chico... ¿En qué voy á pensar?

NUNÚ Para tí no, pero pensarás que tus hijos no sean como tú, que vivan de otra manera.

TOM E-o sí.

NUNÚ Pues ya ves.

ESTHER ¿Cuál es el Príncipe?

JUL. El más joven, el que no habla. No habla nunca. Y esas (Señalando á Rosina y Pepita que se habrán sentado antes á la mesa del Príncipe) estarán tan orgullosas. Han hecho su suerte.

ESTHER ¿Entonces á qué viene aquí el Príncipe?

JUL. Por los artistas. Su secretario particular, ese inglés que le acompaña siempre, organiza unas cenas... muy originales, según dicen, en una especie de caverna frecuentada por la peor gente. (Rosina y Pepita que acompañan al Príncipe, se levantan y se despiden.)

ESTHER Parece que desisten muy aburridas... Y ellos se ríen.

JUL. Naturalmente. Yo las digo algo al pasar...

ESTHER No vayan á escandalizar y Mr. Jacob nos recoja la entrada.

P. FLOR. ¡Oh, Harry, me aburro esta noche; me fastidio. ¿Qué inventarías?

HARRY Marchar á Suavia, haceros proclamar emperador; declarar la guerra al mundo entero...

P. FLOR. ¡Calla, poeta imperialista!

HARRY ¿Por qué no? Y emperador yo mismo ¿Recuerdas lo que dice Hamlet? Yo podía vivir en una cáscara de nuez y creerme el soberano del más vasto territorio del mundo.

P. FLOR. Pero estos sueños me hacen infeliz, añade.

HARRY A mí no. Yo reino dentro de esa cáscara de nuez. He fundado el imperio de mí mismo, en guerra con todo el mundo. Mi espíritu es una isla más inexpugnable que las islas de mi patria.

P. FLOR. ¿Y cómo has conseguido?...

HARRY Haciéndome odiar de todos. Todas las flaquezas, todas las concesiones, todas las cobardías de nuestro espíritu, son obra del amor, de la simpatía. Por ella concedemos á los demás cualidades que en realidad no poseen, y nos creemos obligados á mostrar-

les en cambio cualidades que nosotros no poseemos.

P. FLOR. Paradojas. De mí no te has hecho odiar.

HARRY Todavía no. Nunca te he dicho la verdad.

P. FLOR. Porque no habrás querido... Puedes decírmela.

HARRY ¿La verdad? Eres un pobre diablo de Príncipe, ridículo y mezquino en todo.

P. FLOR. ¡Bah! El *Wisky*.

HARRY La verdad, Florencio, la verdad. ¿Tus escándalos, tus vicios? Quieres escandalizar á la humanidad y sólo escandalizas á las vetustas damas de la corte de Suavia. Tus bacanales son partidas de restaurant á quinientos francos; escapadas de colegial que ha leído cuatro malas novelas. Los antros infernales á que desciendes con miedo mal disimulado... éstos. ¡Salve Imperator! ¡Heliogábalo! ¡Hijo del sol!

P. FLOR. ¿Has terminado? Por esas verdades no conseguirás que te odie... Los tiempos no consienten Nerones ni Heliogábalos .. Tampoco tú has podido llegar á Shakespeare, aunque hayas escrito sonetos como los suyos; uno, por cierto, copia de otro italiano del siglo XVII.

HARRY (Muy indignado.) ¡Mentira! Yo no plagio á nadie... calumnias de envidiosos; ya demostré que el soneto italiano era apócrifo; lo inventaron para mortificarme, lo demostré y ya nadie lo cree. Es un imbécil el que diga... tú lo eres, si lo dices.

P. FLOR. (Riendo.) Ya ves, querido Harry, cómo es más fácil hacerse odiar de un poeta con la verdad, que de un Emperador.

HARRY ¡Bufone! (El Príncipe se levanta y se dirige hacia Nunú y Tommy.)

P. FLOR. Querido Harry, vamos; combina algo grande y diabólico para esta noche. Tienes crédito por más de quinientos francos. Buenas noches, Nunú, buenas noches, Tommy.

NUNÚ ¡Alteza!

P. FLOR. Sentaos, cubríos... ¿No habéis trabajado todavía?

NUNÚ No, nuestro número va casi al final; os esperábamos.

P. FLOR. ¿No faltará nadie esta noche? ¿Ni la *tua* Donina?

NUNÚ Donina..

P. FLOR. Dí que eres tú quien no quiere que vaya... lo voy sospechando; quieres pasar por cínico; dices: ¡Bah! la *piccola* Donina *me n'infischio*... Y estás enamorado y la guardas para tí solo.

NUNÚ ¡Oh, no, alteza! Ella es la que está enamorada de mí; ya lo sabéis.. (Fijándose en una sortija del Príncipe.) Permitid. ¡Qué hermosa sortija!

P. FLOR. ¿Te gustan las joyas?

NUNÚ Más que todo.

P. FLOR. (Reparando en una de Nunú.) Ya veo...

NUNÚ Es un vidrio de color... De noche, á la luz hace bien... Cuando no se puede otra cosa... ¿Y esa piedra cómo se llama?

P. FLOR. Rubí, y esta es un ópalo.

TOM. Esa es de mala suerte.

P. FLOR. Para los demás. ¿Te atreves á llevarla? (Arrojándole la sortija.)

TOM. Ya lo creo (Poniéndose la sortija.) Gracias, alteza. Lo que sentiré es no poder llevarlas mucho tiempo; porque entre nosotros, llega un día de apuro... esa será la mala suerte.

NUNÚ (Ofendido.) Ahora es Tommy vuestro amigo.

P. FLOR. Tú no lo eres mío. Para tí no hay regalo. Estamos reñidos.

NUNÚ ¿Y si esta noche os preparo una sorpresa?

P. FLOR. Entonces tendrás una sortija que haga morir de envidia á todos tus compañeros.

NUNÚ ¡Oh, *bella*!

P. FLOR. Y otras muchas cosas que yo sé que deseas. (El Príncipe saca una petaca de oro y ofrece cigarrillos.)

NUNÚ ¡Otra petaca. De oro... todas son de oro... pero ésta tiene piedras. ¿Es vuestro nombre?

P. FLOR. No, unos versos en inglés... Guárdala, Nunú.

NUNÚ Alteza.

P. FLOR. Guárdala te digo...

NUNÚ ¡Oh, *bella*! ¿Has visto, Tommy? Son brillantes y... como eso...

TOM. Rubíes...

NUNÚ Y decís que son versos... (Leyendo.) *Oh yon he master mistress...* no leo más.

HARRY Ni te hace falta.

NUNÚ Ahí viene Donina con Zaida.

HARRY Esa muchacha árabe, según dice ella.

NUNÚ Sí, sí lo es... De Constantina en Argelia... es hebrea; bailaba danzas orientales; después su empresario se la dejó al nuestro y baila con nosotros; puede pasar por napolitana.

P. FLOR. Yo creí que lo era.

NUNÚ Es una muchacha tristona; siempre llora; llora por todo.

P. FLOR. ¿Y esa con quien está?

NUNÚ Con ninguno. A mí me quiere, lo conozco; pero es tan amiga de Donina, que cuando le digo algo se pone como una fiera. A Donina la quiere con ceguedad; es una leona para defenderla.

HARRY Entonces, acabareis por quereros todos.

NUNÚ Os digo que no. Es inocente como un niño recien nacido.

P. FLOR. ¡No es extraño! Entre vosotros .. Ya no nos veremos hasta luego. ¿Iréis desde aquí?

NUNÚ Con los trajes del teatro, como se ha convenido.

P. FLOR. ¿No faltará nadie?

NUNÚ Creo que no... Quiero probaros que soy vuestro amigo.

P. FLOR. Hasta luego... Vámonos, Harry. (Viendo á Imperia que ha salido momentos antes con Donina y Zaida.) ¡Ah! ¡Imperia! ¿Has visto Harry? (Nunú y Tommy se han acercado al grupo de las mujeres. Donina se levanta y disputa con Nunú algo apartados de los otros.)

HARRY Sí; me han contado la historia que le trae por aquí. Amistad antigua y fraternal. (Entre éstas gentes todo es *fraternal*), con la madre de Donina; fueron compañeras de *troupe*. Supo que la chiquilla estaba aquí; vino á verla una noche... y ha vuelto. Esta es la verdad oficiosa.

P. FLOR. No sabrá mi tío que su amiga frecuenta estos lugares; le parecería una falta de decoro... Habrá que decírselo.

HARRY ¡Oh, sí! Debe decirse todo lo que puede molestar. (Salen el Príncipe y Harry.)

NUNÚ (A Donina.) Ya has visto con quién hablaba.

DON. Y antes en la escena; crees que no lo sé, que no lo he visto. No quedaba otra; la japonesa, mientras su marido trabajaba... Y esta noche sé que hay gran fiesta; pero no has contado conmigo.

NUNÚ Al contrario; estás invitada.

DON. ¿Yo? ¿Yo? Para que delante de mí... Lo que me da más rabia no es que tú rías con otras y las abraces y las beses... es que si alguno pretende hacer lo mismo conmigo, tú lo consientes y te rías también.

NUNÚ ¡Qué tonta eres! (Saca la petaca y enciende un cigarrillo.)

DON. (Viendo la petaca.) ¿Qué es eso? ¿Quién te ha dado esto? ¿Qué dice aquí?

NUNÚ ¡Já, já, já!

DON. (Furiosa pisoteando la petaca,) Mira, mira; ya no dice nada, ya no es nada.. Y lo mismo haría contigo y con quien...

NUNÚ (Amenazándola.) ¡Donina! ¿Qué haces? ¿Qué has hecho?... Te juro que...

IMP. ZAIDA (Se interponen.) ¡Quieto! ¡Nunú!

NUNÚ ¡Si no fuera porque estamos aquí!

DON. Pégame, mátame, si es preferible todo.

ZAIDA (Abrazando á Donina.) ¡Donina! ¡Pobre Donina!

NUNÚ Vámonos á vestir, Tommy, vámonos. Esta noche vendrá. (Salen Nunú y Tommy.)

ZAIDA No llores aquí; hay gente, que no vean...

DON. ¡Qué me importa todo!...

IMP. Y ahora ¿quieres venir conmigo?

DON. ¡No, no! Con él siempre, aunque me mate. Si antes no era así. Me quería mucho, me engañaba con todas, es verdad; pero yo era siempre su Donina, la primera, la única después de todo. Y yo en el fondo hasta me sentía orgullosa de que todas le quisieran y que él después de burlarse de ellas, volviera á mí siempre sin haberme olvidado. Pero ahora, no; hay peor voluntad en él. Más que con engañarme, parece que goza con que yo

lo sepa. Y son esos hombres; desde que vinieron.

ZAIDA Es muy malo Nunú, ahora es muy malo. Yo le queria antes; Donina no tenía celos de mí, sabía bien que le queria por ella, un cariño del corazón... Yo era como una hermana de los dos, Donina lo sabe. Pero es verdad, Nunú no es como era. Ya no reímos con sus bufonadas, porque era alegre, alegre. Cuando estaba contento, todo era risa á su alrededor.

DON. Verdad que sí. ¡Eramos tan felices!

ZAIDA Horas enteras nos pasábamos riendo y cantando y bailando de alegría, para nosotros solos y sin cansarnos; sin pensar que luego en el teatro teníamos que cantar y bailar en serio, para el público.

DON. ¡Eramos muy felices!

ZAIDA Y los tres juntos lo hubiéramos sido siempre.

DON. Son esos hombres; han sido esos hombres del infierno; ese Príncipe pálido que hiela la sangre solo con mirar.

IMP. Sí, el Príncipe; le conozco bien; solo goza atormentando y envileciendo.

DON. Pero ésta noche, iré con ellos; eso es lo que quiere.

IMP. No, eso no; por el hombre que quieres, por el que eligió tu corazón y es igual á tí; vive... como se vive, entre goces y penas; ya ves que ni te aconsejo ni te aparto de su cariño. Pero del Príncipe sí; nunca te acerques á donde esté ese hombre. A su lado sólo se respira el odio, la miseria, la vergüenza. Sus queridas han de vestir harapos y son maltratadas sin piedad; se rodea de miserables y á fuerza de dinero no hay infamia que no consiga. Entrega una niña á un viejo repugnante; un mozo fuerte y sano á una mujerzuela enferma, y compra las hijas á los padres, las hermanas á los hermanos... Esas son sus fiestas de infierno. Muchas veces allá en Suavia, en una noche de hielo, recogía por las calles á cuantos dormían al raso, y con su séquito de hambrientos miserables, llegaba al depósito de

muertos, de cuantos se suicidan ó mueren en la calle asesinados ó de frío ó de hambre... En invierno los había á montones; hombres, mujeres, criaturas también... ¡Era horrible! Y él arrojaba monedas de oro sobre los cuerpos muertos y era una rebatiña cruel de aquella turba alocada por el brillar del oro. Una moneda caía sobre una herida abierta y cien manos se estrujaban encima... Se empujaba á los muertos, se los pisoteaba... y él... ni reía siquiera, contemplaba... Contemplaba siempre como debe contemplar el demonio desde el infierno todas las maldades que pueden cometer los que tienen hambre, obligados por los que no tienen corazón. Ese es el Príncipe pálido, el que hiela la sangre sólo con mirar.

DON. Por algo le odio. Y Nunú no volverá nunca con él ó no me verá más.

IMP. ¿Vendrás conmigo?

DON. ¡No, sin él no! He dicho que no me verá más, porque me mataría; de otro modo no puedo dejar de verle.

IMP. Amor á vida ó muerte... Sea.

ZAIDA Donina, oigo la música del número que va antes del nuestro. No lleguemos tarde.

DON. Es verdad. A cantar y á bailar. No irá esta noche, no irá... ¿Entrarás á verme?

IMP. Sí.

DON. Hasta luego .. Dame un beso. (Por Zaida.) Y á tí también.

ZAIDA También yo la quiero mucho, señora; á todos los que quieran á Donina. (Salen Zaida y Donina. Entran la Condesa Rinaldi y Leonardo.)

LEON. Lo que no me parece bien es que apenas acabo de salvaros de un grave peligro, según asegurábais, os encuentre hablando con Rujú Sahib, el domador de elefantes.

RIN. ¿Vais á suponer?... Un indio, un bárbaro. Me refería particularidades de sus elefantes. Es muy curioso .. La vida de esta gente es muy interesante, más divertida que la nuestra. ¿Qué os parece si yo de pronto me presentara en un circo? ¿Qué diría la gente?

LEON. Que habíais sentado la cabeza, porque no sería el mayor disparate que habíais hecho.

RIN. La verdad es que esta vida siempre igual... ¡Qué monotonía!

LEON. Y como suprimais en lo que consiste la monotonía de vuestra vida, sospecho que vais á aburriros mucho.

RIN. Vaya, convidadme. Quiero tomar un helado; un *tutti frutti*, son deliciosos.

LEON. Con mucho gusto. ¡Ah, Imperia! ¿Habéis visto?

RIN. Sí, y otras noches.

LEON. ¡Qué extraño! ¡Y viene sola! ¡Y con ese traje!...

RIN. Ella siempre viste imperialmente. Pero también alterna con los artistas; solo que no trabaja en mi género.

LEON. No entiendo..

RIN. ¡Qué inocente! Como si no conociérais á vuestra *modelo* mejor que yo. A propósito. Cuando la conocísteis, ¿qué era de su vida? He oído tantas historias.

LEON. Yo la conocí en Roma; entre la multitud de modelos que pueblan la plaza de España. Donina, como la llamaban entonces, era una figurilla vulgar, de una pobreza triste; era pobreza de las grandes ciudades, que no es solo de hambre de pan, es hambre de todos los goces de la tierra. Entre otros modelos de oficio mendigaba una limosna de atención; los artistas no hallaban en ella belleza alguna. Tampoco yo; pero un día me pidió una limosna; su voz no era débil ni plañidera; era una voz firme que exigía atención; hablamos y al hablar su cara era otra, otra la expresión de sus ojos, la actitud de su cuerpo... Ya no era la pobre modelo, era una obra de arte... era mi estatua... Imperia, que muy poco después daba á conocer mi nombre. . ¿La recordais? Era ella, con las piernas descalzas, una faldilla hecha jirones y el cuerpo medio desnudo, figuraba haber trepado por una roca con penoso esfuerzo, y ya en la cima, su cuerpo caía ren-

dido sobre un trono y su cara resplandecía con una expresión indefinible... un sonrisa de vida que triunfa ó de muerte que lleva al descanso. . Hace tiempo que no he vuelto á contemplar mi obra, mi sentimiento del arte no es el mismo de entonces; pero estoy seguro de que algo había en ella. Una combinación de materiales atrevida, las rocas del pedestal eran de granito, la figura del mármol y el trono de bronce dorado resplandeciente.

RIN. ¿Y qué significaba aquella estatua?

LEON. ¡Qué sé yo! Quiere el artista hablar en sus obras y las obras hablan por nosotros. La estatua era... ya lo veis; era mujer, Imperia; una mujer miserable que sube entre rocas destrozado su cuerpo y llega á un trono... Podía ser también algo más grande. El poderío del mundo conquistado al fin por todos los miserables de la tierra. ¡Qué sé yo! Era el esfuerzo humano por lograr lo que sueña... ¿Y quién no sueña un trono? Un trono en que triunfe nuestra voluntad con sus egoismos y con sus amores.

RIN. ¿Y cuánto tiempo duraron vuestras relaciones con Imperia?

LEON. Muy poco. El mismo aliento que dió vida á mi estatua infundió un nuevo espíritu en Donina; fué la estatua hecha mujer... fué Imperia. El Príncipe Florencio la conoció en mi estudio, cuando yo terminaba mi mi obra. Era todavía la pobre Donina, con sus harapos y su carita de hambre... Ya conocéis los gustos del Príncipe. Una mañana se despidió de mí. ¿A dónde vas, chiquilla?... le pregunté A Suavia, me respondió. A ser Emperatriz. No pude reirme; había tal firmeza en sus palabras, tal fe de iluminada en sus ojos, que no era posible oponerse á su destino; aquella muchacha podía ser Emperatriz.

RIN. ¿Y no ha desistido de su sueño todavía?

LEON De su vida después, no sé nada. Dicen que el Príncipe Florencio la maltrataba como

un rufián; que ella quiso matarle; que salió desterrada de Suavia; que en París se reunió con el Príncipe Miguel, y desde entonces vive tranquila y sólo piensa en enriquecerse.

RIN. El Príncipe Miguel es el más rico de los Príncipes de Suavia.

LEON. Y es pródigo como un soberano de otros tiempos.

RIN. ¿Pues qué mejor imperio que el dinero para dominar al mundo? A esa realidad más práctica habrán quedado reducidos los sueños imperiales de vuestra Imperia. ¿No era dorado el trono de vuestra estatua?

LEON. Era dorado, porque dorada es la luz, y era un trono de luz, de sueño, de ideal. (Imperia se levanta y va á saludarlos.)

IMP. ¡Condesa! ¡Leonardo! ¿No me habíais visto?

RIN No, perdonad...

IMP. Y hablábais de mí.

RIN. ¿Nos oíais desde allí?

IMP. No; pero no era difícil adivinarlo... Me mirábais de cuando en cuando. Comentábais mi presencia aquí sin duda.

RIN. Eso no; también estamos nosotros.

LEON. Y á la Condesa le sería difícil explicar la causa.

RIN. ¿Difícil? Nada de eso. Aquí, poco más ó menos, todos estamos por lo mismo. Podemos saludarnos y hablar con franqueza, aunque mañana parezca que no nos hemos visto.

IMP. Son nuestras almas brujas las que saludan; las llamo así por un recuerdo mío. Cuando yo era una chiquilla, cerca de nuestra casa, vivía una pobre mujer, muy vieja y de aspecto muy venerable. Vivía sola, y parecía una buena mujer; tenía su casa muy limpia, cuidaba sus flores, daba de comer á sus palomas, cosía sus ropas; muy afanada todo el día. Una vida siempre igual y siempre apacible. Pero las gentes murmuraban que era bruja y que todos los sábados, apenas daban las doce, volaba al aquelarre, y allí con otras brujas, rendía adoración á Sata-

nás. Lo cierto es que un día, al amanecer de un domingo, la vieja apareció muerta fuera de su casa, muy lejos de ella, en un descampado; tenía un puñal clavado en el corazón; pero nadie supo del asesino ni la causa del asesinato, ni el motivo de hallarse aquella mujer en aquel sitio, cuando todos la vieron la noche antes cerrar su puerta como todas las noches, y á la mañana siguiente la puerta seguía cerrada.

RIN. ¿Y creeis que en efecto?... Habrá que creer en las brujas.

IMP. En aquéllas, no. Pero entre las horas de la vida más apacible, hay para todos una noche del sábado, en que nuestras almas brujas vuelan á su aquelarre. Vivimos muchos días indiferentes por una hora que nos interesa. Vuelan las almas brujas, unas hacia sus sueños, otras hacia sus vicios, otras hacia sus amores; hacia lo que está lejos de nuestra vida y es nuestra vida verdadera.

RIN. Es verdad. Estamos en nuestro aquelarre. Podemos saludarnos. Salud, hermana.

IMP. Salud, hermanos. ¿Hacia dónde volais, hacia el bien ó hacia el mal?

LEON. Yo hacia donde la vida se desvanece como un sueño.

RIN. Yo hacia el reino de los amores, donde no penetra nunca la muerte.

LEON. Y tú, Imperia, ¿qué buscas?

IMP. Yo me busco á mí misma. Busco á Donina pobre, á Donina ignorante, á Donina enamorada. Tu arte me reveló la belleza que yo poseía, y por ella conseguiré lo que sueño.

LEON. ¿Y es?...

IMP. Atesorar, atesorar; el dinero es la fuerza; con él todo se consigue, el bien ó el mal, la justicia ó la venganza.

RIN. Ha terminado el espectáculo. La gente vuelve á invadir estos sitios.

LEON. Y ya debemos retirarnos.

RIN. Ved... El indio... ¿De veras no os interesa saber cómo se domestica á los elefantes?

LEON. No; pero me interesa saber cómo se domestica á un domador... Si queréis, nos sentaremos á su lado.

RIN. No seais imprudente. Se ve que no tenéis costumbre de estas cosas.

LEON. Podeis creerlo. Pero todo será acompañaros... (Sale Zaida corriendo y llorando y se abraza á Imperia.)

ZAIDA ¡Señora! Señora! ¿No sabéis? Donina...

IMP. ¿Qué?

ZAIDA Está loca; no ha querido hacerme caso... Después de lo que habéis dicho, deja que la lleve Nunú con esa gente; con el Príncipe.

IMP. Ese miserable Nunú la ha vendido. ¿Tú sabes dónde están, verdad?

ZAIDA Salieron con el mismo traje de escena... Sí, sé dónde están; no sé el nombre, pero conozco el sitio.

IMP. Ven conmigo.

ZAIDA Sí, vamos, vamos... Pero así... No sabéis entre qué gente...

IMP. ¿Qué importa el traje? Voy entre los míos... Ya me conocerán. Voy á impedir una infamia más de un poderoso ó á vengar muchas de una vez en una sola. Vamos. Buenas noches, Condesa; buenas noches, Leonardo.

RIN. Buenas noches, Imperia.

LEON. ¿Dónde vas, Imperia?

IMP. Mas lejos todavía. Hacia otras almas brujas. Es la noche del sábado. (La gente ha vuelto á llenar el salón y la música de tziganes á tocar.)

TELÓN

CUADRO TERCERO

La taberna de Cecco. Es de noche

ESCENA PRIMERA

MARINEROS y gente maleante juegan y beben en diferentes grupos. CECCO y GAETANO sirven vino y atienden á todos. MAESTÁ, vieja harapienta, sentada sola á una mesa, parece dormitar. PIETRO; después el COMISARIO.

MAR. 3.º Aquí ese dinero. Por mi cuenta, más vino.

GAET. Va en seguida.

MAR. 2.º No juegues más.

MAR. 3.º Déjame.

MAR. 2.º Yo retiro mi dinero. Es bastante.

MAR 3.º Toma, hombre; no quiero oirte.

MAR. 2.º No; si tú sigues.

MAR. 1.º ¿Se juega?

MAR 3.º Sí... va todo.

GAET. (A Cecco.) ¿De dónde es esta gente? No coconozco..

CECCO De un *yate* que llegó esta mañana. Llevan sus colores. ¿Cómo va eso?

GAET. Se defienden. Traen dinero.

CECCO Ya veo. Pero esta noche no conviene ruido. Que se entretengan, pero sin llevarles todo. No salgan luego gritando. Ya volverán mañana.

GAET. Si quieres, se acaba la partida.

CECCO No; tampoco conviene que esto se quede solo. Mientras estén tranquilos... (Entra el Comisario.)

COM. Buenas noches, Cecco.

CECCO Buenas noches. ¿Hay novedad?

COM. Ninguna. Ya hemos visto entrar al Príncipe.

CECCO Sí. Allí está.

COM. ¿Qué gente hay con él?

CECCO Yo no conozco á todos. El inglés y esa gente del circo.

COM. (Leyendo una lista.) No sé si falta alguno; tú dirás. Lucenti... el inglés, Nunú y Tommy de la *troupe* napolitana. Donina, Celeste, Teresina, mujeres de la misma *troupe*. Dick y Freed, *jockeys* del duque de Gealand y dos muchachas inglesas... ¿Hay más?

CECCO Nadie más.

COM. Si ocurre algo, cerca estamos.

CECCO Ya sé; ahora os llevarán algo conque entreteneros. La noche está fresca.

COM. Sí; hay una neblina... Hasta luego, Cecco... ¿Y esa gente?

CECCO La de siempre.

COM. ¿Y esos marinos?...

CECCO De un *yate* que llegó esta mañana. ¿No le has visto?

COM. Ya sé. Hasta luego.

MAR. 1.º Hoy es día grande. Anda por aquí buena gente. ¿Estaremos seguros?

CECCO Se ve y se calla.

UNO (Acercándose á Maestá y sacudiéndole.) Y tú, ¿cómo no eres de esa fiesta?

CECCO Dejad á la pobre. No se mete con nadie.

UNO El Príncipe ha debido invitarte. Es que no te habrá conocido. Has debido decirle: Alteza, somos iguales... En un tiempo yo también fuí reina, todavía me llaman todos Maestá.

MUCHOS (Riendo) ¡Já, já, Maestá!

MAESTÁ ¡Canallas!

CECCO Dejadla he dicho. No hagas caso, Maestá.

MAESTÁ ¿Yo? Ni los veo, ni los oigo. Están muy lejos.

MAR. 3.º ¿Es una loca?

PIET. No; es que á estas horas está siempre...

CECCO Pero es verdad lo que dice. Yo lo sé porque lo he oido contar á gente que la conoció entonces. Ha sido muy hermosa y querida de un rey y ha tenido palacios y coches y brillantes.

MAR. 3.º Serán historias.

UNO Por vieja que sea y por mucho que haya cambiado, no es posible. Yo no lo creo.

MAR. 3.º La verdad es que viéndola...

UNO Vamos, cuenta esa historia. ¿Qué rey era ese? ¿Dónde estaban tus palacios?

PIET. Cuenta, abuela, cuenta. Pues señor, este era un rey...

CECCO Dejadla tranquila.

MAESTÁ ¡Canalla, gentuza! ¿Qué voy á contaros? Si no creis más que lo que ven vuestros ojos. ¿Me veis ahora? Pues he sido hermosa y retratos de mi cara y estatuas de mi cuerpo guardan en palacios y museos; pero aunque os llevara delante y os dijera... Esa soy yo... no lo creeríais. Me han querido muchos hombres muy poderosos, muy grandes, muy sabios... También un rey, que por una palabra mía hubiera dejado su corona. ¿Me veis así? Pues vestidos bordados con perlas que valían un reino, he llevado encima de mi cuerpo... En flores gastaba yo en un día lo que ahora quisiera para vivir lo que me queda de vida. ¿No lo creeis? No queda nada en mí, ¿verdad? Sí; acercaos. (Quitándose unos mitones de lana.) Quedan estas manos que nunca trabajaron. Manos de reina, que muchos han besado agradecidos... Es mi orgullo. Para guantes nunca me falta; aunque no coma. Vedlas. ¿No son de reina?

PIET. Sí es verdad.

UNO Algo había de quedarte. Aun puedes tener besamanos.

MAESTÁ Vosotros podéis llegar á poseer todas las riquezas de la tierra, ó conquistar todos sus reinos, ó proclamaros reyes .. Y vuestros nietos no tendrán unas manos como estas mías.

PIET. Manos rotas.

UNO Pudieron guardar algo más que la blancura; no te verías como te ves, si es verdad lo que dices.

MAESTÁ Estas manos no saben guardar. Saltaban sobre ellas los tesoros, como el agua en la concha de mármol de una fuente, para caer más esparcidos.

UNO Harías muchas limosnas.

PIET. Mucho bien.

MAESTÁ Bien ó mal, ¡qué sé yo! Llegaba á mí gente necesitada, llegaba gente perdida... Para todos igual... ¡Si fuera uno á pensar! El diablo se ríe de esos prudentes que niegan le limosna pensando en que puede ser para vino... Hay que repartir alegría, alegremente. Para muchos es más necesario el vino que el pan... Nadie come flores y flores da la tierra. Muy seco está el corazón que no da flores.

PIET. ¡Bien dicho!

UNO ¡Vaya, abuela!

CECCO No os dije que no está tan loca. Vaya, ahora convidadla.

PIET. A lo que ella quiera.

MAESTÁ Es lo mismo.

MAR. 3.º A Champagne, ¡qué menos para una reina!

UNO Champagne, champagne... Traedlo, aquí se paga.

PIET. ¿Tienes champagne?

CECCO Esta noche sí; lo traigo si no es broma.

UNO Ya que no te convida el Príncipe, te convidamos nosotros.

MAESTÁ El Príncipe de Suavia; yo he conocido al Emperador; entonces era Príncipe heredero; le ví en una revista militar, en un caballo blanco, era una arrogante figura... Ya debe ser muy viejo. También conocí á la Princesa Etelvina, la madre de éste Príncipe, era una niña entonces. ¿Quién la conocerá?

CECCO El champagne, vengan vasos.

PIET. A su Maestá primero. Un brindis. ¿Quieres vivir mucho todavía?

MAESTÁ ¿Por qué no? Lo que Dios quiera.

PIET. Por tu salud entonces.

MAESTÁ Por la vuestra y por vuestra felicidad, que aún es tiempo para vosotros... Sí, es champagne.

CECCO ¿Pues qué creías?

MAESTÁ Que era burla. ¡Cuánto tiempo que no lo había bebido! Dios os lo pague. Otra copa. Es un vino alegre... y no es malo éste, Cecco, yo lo entiendo

PIET. Esta noche no eres la única Maestá que hay en la casa.

ESCENA II

DICHOS, IMPERIA y ZAIDA que aparecen en la puerta

IMP. ¿Es aquí?

ZAIDA Sí, señora. ¿No os da miedo?

IMP. ¿Por qué? Así era mi casa... Adelante.

PIET. (Viendo á Imperia.) Es noche de reyes.

CECCO Silencio.

PIET. ¿Eran así tus vestidos, Maestá?

UNO ¿No conoces á esta reina?

MAESTÁ ¿Reina? Como yo lo fuí... No la conozco. Las que yo conocí ó han muerto ó son ya viejas.

IMP. ¿Ha venido el Príncipe? No lo oculteis. Sé que venía aquí esta noche; sé con quién está.

CECCO ¿Os esperaba?... Nada me ha dicho.

IMP. No, no me espera... Un momento. (Escribe con lápiz en un papel.) Entregadle esto y traedme en seguida su contestación.

CECCO Está bien. ¿Quereis sentaros?

IMP. No. ¿No habrá otro sitio donde aguardar?

CECCO Un cuartucho peor, allá arriba.

IMP. No tardes.

CECCO No tengais miedo, es buena gente. (Vase Cecco.)

IMP. No me asusto.

ZAIDA Señora... Ya siento haberos dicho...

IMP. ¿Por qué? ¿Crees que tengo miedo? Ni extraño el sitio, ni la gente... Me extraño á mí misma.

PIET. (A Maestá.) Sí; debes ofrecerle una copa. Entre iguales...

UNO — En casos como éste debes hacer los honores,

MAESTÁ — (Tambaleándose con risa de embriaguez.) Venga. venga... (Ofreciendo una copa á Imperia.) Señora...

ZAIDA — (Asustada) ¡Ay!

IMP. — No te asustes. ¿Qué desea, buena mujer?

MAESTÁ — También yo soy Maestá... ¿No me conoceis?

PIET. — No tengais miedo; es una loca muy divertida.

MAESTÁ — Esta noche he tenido fiesta en mi palacio, os ofrezco una copa de champagne. Bebed sin miedo, no está envenenado. Yo no tengo por qué quereros mal... ¿Qué podeis quitarme? Yo soy feliz. ¿Quién puede quitarme ésta felicidad? Pero tened cuidado; no todos son como yo. Hay gente mala; á mí también me han hecho mucho mal. Pero yo, á nadie, á nadie; por eso estoy alegre, ¡la alegría no pueden quitármela!

ZAIDA — Tengo miedo.

IMP. — Yo no; al contrario; me agrada oir estos desconciertos de locos; hallo en ellos algo sobrenatural que puede ser profético... ¡Toma, pobre mujer!

MAESTÁ — ¿Oro? ¿Lo veis? Más champagne. (Arrojando las monedas). Champagne.

PIET. — Guárdalo, guárdalo, te hace falta.

MAESTÁ — Nada, no necesito nada... para vosotros; que traigan más champagne.. (Cae amodorrada.)

ESCENA III

DICHOS, HARRY

HARRY — ¡Imperia!...

IMP. — ¿Y el Príncipe?

HARRY — Me envía á ofreceros el brazo para que nos acompañeis, ya que habeis venido hasta aquí.

IMP. — ¿Y sabe el Príncipe por qué he venido?

HARRY — Tal vez por celos.,.

IMP. — ¿De quién?

HARRY — Estas noches os han visto en el circo...

IMP. Pensaréis de mí algo monstruoso, algo digno de vos y del Príncipe.

HARRY Algo divertido... El Príncipe se alegrará de veros... El brazo.

IMP. Sí, llevadme... (Se oye gritar dentro.) ¿Qué es eso?

CECCO (Entrando precipitadamente.) ¿Qué ocurre?

HARRY ¿Quién grita?

CECCO (Cierra la puerta.) ¡Silencio! Todos quietos. No salga nadie.

ESCENA IV

DICHOS; CECCO y TOMMY sosteniendo al PRÍNCIPE. CELESTE, TERESINA, los dos JOCKEYS, NUNÚ y DONINA. Todos presos del mayor espanto

UNO ¿Qué es eso?

OTRO ¿Qué pasa?

CECCO El Príncipe...

IMP. ¡Sangre!

HARRY Está herido...

MARINEROS Y GENTE Vamos de aquí. ¿Qué es esto?

CECCO (A Gaetano) Cierra bien esa puerta. De aquí no sale nadie. (Gaetano saca un cuchillo y defiende la puerta.)

PIET. ¡Paso! ¡Quita ó...! (Algunos sacan cuchillos y puñales.)

CECCO Es peor. Vendrá la policía y nos cogerá á todos... ¡Calma, calma!

NUNÚ (A Donina con violencia.) ¡Has sido tú! ¡tú!... Estamos perdidos.

DON. Sí, yo he sido, yo he sido... Por tí. ¡Miserable, miserable!

IMP. ¡Tú!

DON. Me había vendido, no sabes... ¡Miserable, miserable!

CEL. ¿Pero van á dejarle morir así?...

CECCO Sea lo que sea. De aquí no sale nadie.

HARRY No brota sangre. Mala señal... No vuelve en sí.

CECCO La policía está cerca... Habrá oído los gritos... Si viene hay que abrir... ¡Calma!... ¡Esa

sangre!... (Vierte una botella.) Ya está... Vosotras alrededor... sostenedle bien... Y vosotras cantad y bailad... ¿Dónde está la armónica?... Es la policía .. Pronto... ó estamos perdidos... (Hacen todos lo indicado.)

DON. ¡Dios mío! ¡Dios mío!

NUNÚ (Empujándola) ¡A bailar! ¿No has oído? (Donina, Nunú, Zaida y Tommy bailan la «tarantela»)

ESCENA V

DICHOS y el COMISARIO

COM. ¿Qué ocurre?

CECCO Ya lo véis... Nada...

COM. Oimos gritos...

CECCO La fiesta... Ya nadie sabe lo que se hace. Hay buen humor. El Príncipe apenas puede sostenerse... Ahí está... Cerramos la puerta para que no entrara nadie á estas horas. ¿Queréis tomar algo?

COM. No. Buenas noches.

CECCO Buenas noches. (Los sigue con la vista desde la puerta á los de dentro.) ¡Seguid, seguid!... (Las mujeres que estaban al lado del Príncipe se levantan aterradas. El Príncipe rueda bajo la mesa.)

CEL Está muerto...

TER. ¡Ay! (Gran confusión. Todos quieren salir.)

CECCO ¡Me habéis perdido! ¿Que hacemos ahora? De mi casa no sale nadie.

NUNÚ (Amenazándole.) Saldremos todos.

CECCO Es inútil... La policía tiene los nombres de todos los que estais aquí; os cogerán pronto... Entre todos hay que salvarse.

IMP. Harry, á mi casa en mi coche... Es lo mejor. Que no le encuentren aquí... Ya pensaremos... ¿Estais dispuesto?

HARRY Sí .. en seguida.

CECCO ¿Vais á sacarle? Es lo mejor. Pero más tarde; hay que esperar... Pasa gente á estas horas... yo alejaré la policía... Vosotros id saliendo poco á poco... y cuidado.

PIET. Por supuesto, cualquiera habla.

UNO — A todos nos importa callar.

CECCO — Y vosotros no dejéis de cantar y de bailar... Vamos.

DON. — (Dejándose caer rendida.) No puedo más... aunque me maten.

CECCO — (Acercándose á Maestá.) Esta no ha visto nada. Esos no dirán nada.

HARRY — (Por el Príncipe.) Está muerto... frío ya...

IMP. — Sí... ¡muerto! ¡muerto! ¡Qué horrible!

TELON

CUADRO CUARTO

Un gabinete en la Villa de Imperia

ESCENA PRIMERA

IMPERIA y la CONDESA. Imperia escribe una carta que entrega á un Criado. Se oye dentro la voz de la Condesa Rinaldi

RIN. (Dentro.) Para mí está siempre, os lo aseguro; no tengais cuidado. (Imperia se levanta precipitadamente y va al encuentro de la Condesa.)

IMP. ¡Condesa!

RIN. Qué inesperada visita ¿verdad? Ni el portero, ni los criados, querían dejarme pasar. Me dijeron que descansábais. Pero necesitaba veros con urgencia y atropellé por todo. Estoy perdonada. Ya veo que estais sola. Al venir he visto al Príncipe Miguel muy cerca de la Villa de la Princesa; sin duda iba á visitarla.

IMP. Sin duda. ¿No habéis hablado con él?

RIN. No; él guiaba un cochecillo, yo he venido á pie. Necesito andar mucho para fatigar estos nervios. Nos saludamos nada más. Y anoche ¿cómo terminó vuestro aquelarre?

IMP. Anoche...

RIN. No sois buena conmigo; tanto como os quiero y teneis secretos para mí. Si fuerais de

otro modo, algunas veces podíamos comunicarnos impresiones y aventuras... Y eso que he decidido cambiar de vida por completo; acabaron las locuras. Por fortuna he encontrado á tiempo á un hombre que será mi salvación. ¡Ah! Si le hubiera encontrado antes en mi camino, en lugar de tantos otros por los que he comprometido locamente mi nombre y mi tranquilidad...

IMP. Y es...

RIN. No es de estos hombres que por desgracia nuestra encontramos á cada paso; es un alma primitiva; un corazón sencillo... Le conocéis.

IMP. ¿Yo?

RIN. ¿Habéis visto los siete elefantes del Circo?

IMP. ¡Condesa!...

RIN. Pues bien; el domador... ¿Os reís?

IMP. Decíais que habían acabado las locuras.

RIN. ¿Os parece una locura? Es que todavía no conocéis mi proyectos.

IMP. Decid, contadme. Ojalá fueran las mayores extravagancias, las más extrañas locuras... Sueños, locuras, ¡cuanto aleje de nosotros la realidad que quiere imponerse!... Si supiérais... Hay sueños, pesadillas horribles con tales apariencias de realidad, que escapándose de nuestro sueño quieren entrarse en nuestra vida... Yo he soñado, estoy segura de que he soñado algo que me parece haber visto y oído en efecto; algo que no puede ser; que no ha sido... Por eso ahora deseo oiros cosas extrañas, fantasías de sueños... locuras; para llegar á confundirlo todo, á no saber cuándo se sueña entre fantasmas, cuándo se vive entre realidades...

RIN. Mis proyectos son muy razonables. Quiero poner en orden todos mis asuntos; dedicarme por completo á la administración de mis bienes. Para ello se me presenta una ocasión única; una especulación brillante, para triplicar el capital en un año.

IMP. No sabéis cuánto os agradezco la visita. Todo se olvida á vuestro lado.

RIN. Si, lo tomais á risa.... Es un asunto muy serio. Rujú, se llama Rujú... ¿Lo sabíais? Un nombre oriental... Pues bien, Rujú, no es el verdadero Rujú...

IMP. No comprendo

RIN. El verdadero Rujú-Sahib, era el anterior propietario y domador de los elefantes; éste de ahora era su criado nada más... Cuando murió el verdadero Rujú, su viuda, una inglesa... heredó los siete elefantes y propuso al criado que él continuara trabajando con ellos mediante un sueldo que ella le pagaría... Pero es una explotación infame. Mientras él expone su vida y solo cobra un miserable jornal, la viuda, la propietaria cobra de las empresas cantidades fabulosas... ¿Qué os parece? ¿No tienen razón los explotados para maldecir de los explotadores? El pobre Rujú se lamentaba con lágrimas en los ojos... ¡Ah! me decía: si los elefantes fueran míos; si yo tuviera cien mil francos, si yo encontrara quien quisiera asociarse conmigo...

IMP. No digais más, os conmovistéis; pensais comprar los elefantes... y presentaros en el circo...

RIN. Yo, no. ¡Qué locura! Yo los compro; él los presenta; yo cobro el cincuenta por ciento de las contratas... ¡No tenéis idea! Son doce mil francos al mes; contrato todo el año... y los siete elefantes domesticados en cien mil francos es una ocasión única... No sabéis lo que cuesta un elefante... Y estos son de la India, de la mejor clase; se los distingue por las orejas y por la trompa.

IMP. Se ve que habéis estudiado el asunto, que no es una locura

RIN. ¡Qué ha de ser! ¿En qué pueden emplearse mejor esos cien mil francos? Por eso he venido á veros tan de mañana. Yo no dispongo por el momento de esa cantidad; mi cuenta del Crédito sólo llega á sesenta ó setenta mil francos.. Es cuestión de quince días. Sé que á cualquiera que me hubiera

dirigido... Pero quiero daros una prueba de confianza y de amistad...

IMP. Yo quisiera corresponder... pero ahora mismo no puedo contestaros. Ignoro si puedo disponer de esa cantidad.

RIN. ¿Cantidad? Llamais á eso una cantidad.

IMP. Esta tarde podré contestaros; creedme.

RIN. Esta tarde.. Sé que la tardanza es una coquetería de vuestra parte. El Príncipe no os niega, no puede negaros nada... Ya veis que os he hablado como una amiga verdadera, y que vuestra amistad me ha costado el sacrificio de otras amistades; no es que yo quiera hacerlos valer...

IMP. Ya digo que os enviaré la contestación. (Un criado anuncia.)

CRIADO Su Alteza.

ESCENA II

DICHOS y el PRÍNCIPE MIGUEL

P. MIG. ¡Condesa! (A Imperia.) ¿Cómo estás?

IMP. Bien... La Condesa me dijo que te había visto camino de la *villa* de la Princesa. ¿Has estado allí?

P. MIG. Sí; debía haber almorzado allí, pero no sabes...

IMP. ¿Qué?

P. MIG. Ya te diré... Anoche no pude ir al Circo como pensaba; un nuevo telegrama de Suavia me obligó á buscar al Duque.

IMP. ¿Qué ocurre?

P. MIG. Nada.

RIN. Alteza... comprendo que tenéis que hablar con Imperia...

P. MIG. Nada urgente.

RIN. Ya sabéis que si prescindo de invitaciones cuando se prescinde de mí injustamente, no las necesito para retirarme espontáneamente cuando temo ser indiscreta. Hasta la vista, Alteza... Querida amiga, no saldré de casa en toda la tarde; espero vuestra contestación. (Sale la Condesa.)

ESCENA III

IMPERIA y el PRÍNCIPE MIGUEL

P. MIG. ¿Cuánto te ha costado la visita de la Condesa?

IMP. Veo que la conoces.

P. MIG. Eso sí, en compensación siempre cuenta historias muy divertidas. Su nueva aventura vale cualquier dinero. Me la refirió Leonardo. Tú la sabrás; es historia del Circo... ¿Y tu Donina? ¿La viste anoche? Ya ves que no se me ocurre dudar de tí, creo cuanto me dices.

IMP. Haces bien. Has sido noble y generoso conmigo. Tu lealtad bien merece la mía. No trataste de retenerme junto á tí por cálculo interesado; de una vez me entregaste riquezas bastantes para rescatar mi libertad... Yo no quiero esclavos, dijiste... Y al darme libertad, para siempre me obligó á tí la gratitud.

P. MIG. ¿Para siempre? Tu espíritu es inquieto, ambicioso de grandes sueños; y yo solo quisiera que todos los días se pareciesen; que pasaran como un solo día, sin una inquietud, sin una preocupación... Y la amenaza del Imperio se aproxima de nuevo... El niño Príncipe se muere...

IMP. ¿Se muere?...

P. MIG. Nació con un soplo de vida... Telegrafiaron de nuevo á poco de recibir el telegrama anunciando su nacimiento. El Emperador desea que el Príncipe Florencio y su madre vuelvan á la corte, desea reconciliarse con él... tal vez piense abdicar; está muy cansado, el pueblo amenaza con revoluciones. Ya no es posible un imperio despótico... Y la salud de Florencio conspira en contra mía. Otra vez cerca del trono.

IMP. Muy cerca... El Príncipe Florencio nada más... ¿Y le has visto hoy?

P. MIG. No; estuve en la *villa*, debía haber almorzado allí; pero su pobre madre está muerta de pena... Florencio no ha vuelto desde anoche.

IMP. Y no saben...

P. MIG. Nada puede habérsele ocurrido. Le amanecería en cualquier tugurio, y por no salir ya de día... He enviado recado al Prefecto.

IMP. Dices que su madre..

P. MIG. Le costará la vida; no puede acostumbrarse, es un sobresalto continuo. Hoy estaba más alarmada que otras veces... Dice que á media noche se despertó sobresaltada; que le pareció oir un grito...

IMP. A media noche...

P. MIG. Y ya le parece un presentimiento... A mí mismo ha llegado á preocuparme. Aunque tengo la seguridad de que nada ha ocurrido, ya sabríamos; la policía le vigilaba... No es posible. Tampoco se ha visto á Harry Lucenti por ninguna parte. No tardará el Signore en traerme alguna noticia.

IMP. ¿Sabéis dónde estaba?

P. MIG. Lo sabían, y con quien estaba... Si no, es posible que... ¿Es que tú también crees que puede haberle ocurrido algo?

IMP. ¡Ese grito que oyó su madre!... ¿No crees tú que las almas pueden llamarse desde lejos? Sí; él debió pensar en su madre; gritó... ¡Madre mía!... Y su madre oyó el grito.

P. MIG. ¿Qué dices, Imperia, deliras?

IMP. Digo, si algo le hubiera sucedido, sí... debe temerse todo, debe esperarse todo. (Entra un criado.)

CRIADO El señor prefecto desea ver á su alteza.

P. MIG. En seguida. Pronto sabremos... (Sale el Príncipe.)

ESCENA IV

IMPERIA y después HARRY LUCENTI. Imperia escucha á las puertas. Harry Lucenti, en el mismo traje, pálido y con muestras de embriaguez, aparece en una de ellas

IMP. ¿Quién es? ¡Ah! ¿Por qué venís aquí? No le dejéis solo.

HARRY Puede estar solo. No se mueve. Oí que hablaban... Saben ya ..

IMP. No... buscan; lo sabrán pronto. En este momento quizás. Volved allí, que no os vean; no le dejéis solo.

HARRY Está bien oculto, bajo una tela de brocado: digno sudario de un emperador. ¡Qué insignificante muerte; como su vida!... Luis de Baviera fué el último rey.

IMP. ¡Oh! ¡Callad, callad! No quiero oiros... no quiero veros... sois como él... Así debía morir; qué importa por qué mano...

HARRY ¿Creeis que ha sido castigo del cielo?... No creais esas cosas, Imperia. Casualidad, casualidad. Hay muchos bribones que mueren de viejos en su cama y bendecidos por sus hijos...

ESCENA V

DICHOS y LEONARDO

IMP. ¡Leonardo! ¡Cuánto has tardado!

LEON. Ahora mismo recibo tu carta. ¡Oh! Harry... ¿Qué haces aquí?

HARRY Imperia te dirá... ¿Yo? Un triste oficio que no da que hacer, pero da que pensar... ¡Silencio! (Se retira.)

ESCENA VI

IMPERIA y LEONARDO

IMP. Desde que nos separamos, yo no sé lo que piensas de mí, Leonardo, cuál será tu rerecuerdo... Yo sé que en los momentos decisivos de mi vida, cuando en el corazón habla la verdad de nuestros afectos, sólo he pensado en tí como en un amigo leal y seguro. ¿Estoy engañada?

LEON. No, Imperia; nos separamos sin odio y sin lucha. Tú amabas la vida, y quisiste realizar mi sueño... la idea de mi obra de arte... Yo, en tanto, huyendo de la vida, me refugiaba en los sueños del pensamiento... Nos separó la realidad... Dí por qué me llamas ahora.

IMP. Para destruir la realidad que quiere imponerse á nuestra vida. Tu idea, nuestro sueño, el trono de tu Imperia... ¡Qué cerca! No es heredado, no; los miserables no heredamos tronos, pero es nuestra la fuerza para derribarlos, nuestra la inteligencia para llegar muy cerca de ellos y reinar sin ser reyes. ¿Te acuerdas? Voy á Suavia á ser emperatriz, te dije. No soy emperatriz pero reino en el corazón de un emperador; su vida es mía, lo conozco, lo sé; no puede vivir sin mí... ¿Qué dices? Es tu Imperia, tu obra de arte... Es tuya el alma que alienta en mi.. creación de tus sueños de artista.

LEON. Sí; mi Imperia, mi amor, mi único amor; vive por mí, triunfa por mí. Yo no supe más que soñar.

IMP. Sí; triunfaré... pero es preciso destruir la realidad... El Príncipe heredero de Suavia se muere... El viejo emperador abdica la corona...

LEON. Entonces... el Príncipe Florencio...

IMP. El Príncipe Florencio ha muerto.

LEON. ¿Ha muerto?

IMP. Sí; ha muerto asesinado esta noche, delante de mí... No; yo misma le he asesinado.

LEON. ¡Tú! ¿Qué dices, Imperia? Deliras.

IMP. Sí... yo... yo. Es igual, mi Donina, mi hija... Defendía su juventud, su inocencia, su amor. Ha sido la venganza de cuantos sucumbimos antes. ¿No lo crees? Mira... es su propio puñal... es como suyo, un precioso estilete, una joya cincelada con arte; el puño es de oro y de piedras preciosas. Dicen que jugaba con él entre amenazas y caricias... ¿Serías capaz de matarme? preguntaba... Un beso antes y es tuyo... y ofrecía como una joya el puño de oro. Mi Donina, al sentir sus besos, le hundió la hoja de acero en el corazón. No, no deliro; no son fantasmas de aquelarre... ¿Te acuerdas? Es la noche del sábado, te dije al despedirnos. Sus horribles fantasmas me persiguen en la realidad... Llegaron hasta aquí. ¿Quieres verle? Ahí está. Harry Lucenti vela su cadáver.

LEON. No, no es posible.... Eso no ha sucedido... me cuentas un sueño, una pesadilla.

IMP. Yo lo he creído también. Cuando llegué aquí me olvidé de todo; hace un instante hablaba y reía con la Condesa... y todo me parecía lejano ya, como una pesadilla de otro mundo, del aquelarre de nuestras almas brujas... pero es verdad, Leonardo, es verdad.

LEON. Entonces... ¿Qué esperas? Si saben que tú...

IMP. Nada temo; lucharé, venceré; los fantasmas no me acobardan... Pronto vendrán... acaso sepan... Ya ves, estoy tranquila... verás como todos callan...

LEON. No, Imperia... tu cuerpo tiembla... ¿Qué miras?

IMP. No, no; estoy tranquila... silencio... vienen...

LEON. Sabrán...

IMP. Lo diré yo si no lo saben.

ESCENA VII

DICHOS, El PRÍNCIPE MIGUEL y el SIGNORE

P. MIG. Imperia, el señor prefecto desea hablar contigo... Leonardo, perdonad; no os había visto.

LEON. Alteza...

P. MIG. (Al Signore.) Si deseais hablar á solas, yo acompañaré á Leonardo.

IMP. No, yo deseo que asista también al interrogatorio, porque supongo que el señor prefecto desea interrogarme.

LEON. En efecto.

IMP. Y yo deseo contestar en presencia de mis amigos; sola, ante la autoridad del señor prefecto, acaso me acobardaría demasiado.

P. MIG. Desgraciadamente, los indicios de que al Príncipe Florencio le ha sucedido algo grave, aumentan por momentos... Nadie le ha visto en toda la mañana, no ha sido posible dar con su paradero.

SIG. Se sabe que anoche estuvo en la *trattoria* de Cecco... Esta es la lista de las personas que allí estaban... de todas, leedla... ¿Falta alguna?

IMP. Ninguna.

P. MIG. Tu nombre está en esa lista...

IMP. Eso prueba que el Signore está bien servido por su policía.

SIG. Entonces, puede ser verdad que el Príncipe salió de la *trattoria* antes de amanecer... según parece algo embriagado, y sostenido por Harry Lucenti y el dueño de la *trattoria* subió á vuestro coche y llegó á vuestra casa... Vos llegásteis á poco en compañía de una muchacha del circo; una tal Donina, á quien debeis conocer porque no es la primera vez que os han visto con ella.

P. MIG. El Signore sabe quién es Donina; las relaciones que te unen con ella.

SIG. Lo sé todo. A excepción de las personas que sin duda se hallan en vuestra casa,

cuantos acompañaban anoche al Príncipe están detenidos, procurando que nada trascienda; el asunto es muy delicado y cualquier indiscreción podría comprometer á personas de calidad, que no pueden ser tratados como vulgares malhechores... Es el amigo quien os interroga, señora. Cuantos estaban con el Príncipe, aseguran que salió de allí al mismo tiempo que vos, como os he dicho. ¿Se trata de una aventura amorosa? ¿De una intriga política? ¿Es cierto que el Príncipe Florencio está en vuestra casa?

IMP. El Príncipe Florencio está en mi casa... yo le traje... pero le traje muerto.

P. MIG. ¡Muerto!

SIG. ¡Muerto!

IMP. Sí; el Príncipe Florencio se ha suicidado.

SIG. ¿Qué decís, señora?

P. MIG. No es posible...

LEON. ¿Qué intentas?

IMP. (Con firmeza.) Se ha suicidado... Contra todo lo que sepais, contra todo lo que veais, ésta será la verdad.

SIG. No puede creerse así... Nada indica...

P. MIG. Vamos pronto...

IMP. No; oidme primero; ha muerto asesinado; esa es la verdad, la que yo sé, la que yo he visto; pero nadie puede ser responsable de ese asesinato y si tratais de perseguir y de castigar, si pretendeis esclarecer la verdad, la verdad se perderá para siempre y la mentira, la calumnia, la infamia nos envolverán á todos en el mismo crimen, á todos; desde esos miserables que solo con su aspecto pregonan la abyección de ese Príncipe odioso, al mismo Emperador de Suavia, que bien pudo pagar á un asesino si le estorbaba el heredero del Imperio.

P. MIG. ¡Qué infamia!

SIG. ¡Señora!

IMP. Sí; yo estaba allí; tu amante, la amante del heredero del trono; nadie sabe por qué estaba yo allí; puedo acusarme y acusaros á todos; el Principe tiene partidarios en Suavia

y la aureola del martirio sentaría muy bien á su recuerdo... Y si quereis desengañar á todos; si quereis proclamar la verdad, decid, decid; también la diremos nosotros, decid cuál era la vida de vuestro Príncipe; contad sus crímenes y sus vicios, manchad bien su memoria y el odio y el desprecio del mundo entero os alcanzará por igual á todos sus iguales.

ESCENA VIII

DICHOS y el DUQUE DE SUAVIA

CRIADO ¡Alteza!

P. MIG. ¿Quién es?

DUQUE Alteza; la Princesa supo que el Príncipe estaba aquí y quiere verle; no ha sido posible detenerla.

P. MIG. No; llevadla de aquí... pronto, venid.

DUQUE Sí, no le dejéis, que no sepa.. (Salen el Príncipe Miguel, el Signore y el Duque de Suavia.)

ESCENA IX

IMPERIA, LEONARDO y después DONINA

LEON. ¿Crees que no dirán la verdad?

IMP. No, tienen miedo; la verdad les asusta.. ¿No ves que yo conozco su verdadera vida, sus intrigas, sus crímenes, sus vicios? No hablarán; mi silencio por su silencio. El Príncipe no ha sido asesinado, nadie es culpable de su muerte; fué una pesadilla. ¿Lo ves? Puede destruirse la realidad, puede triunfarse de ella; basta querer y huye como un fantasma.

DON. (Dentro.) Dejadme, dejadme... (Entra.) ¡Madre! ¡Madre mía!

LEON. ¿Es tu hija?

IMP. Sí, mi hija. ¿Por qué huyes? ¿Por qué tiemblas?

DON. Defiéndeme, ocúltame. Vienen por mí. No me importa la vida, pero que no me vean, que no me hablen... nada diré...

IMP. ¡Leonardo, llévatela lejos de aquí!

LEON. No es posible salir de aquí sin que nos vean.

DON. Que me maten, nada me importa... pero es que he vuelto á verle... le veré siempre...

IMP. ¿Tú?

DON. Sí; desperté estremecida de espanto... quise huir y salí corriendo sin saber... y le he visto, le he visto... le veré siempre... me volveré loca.

IMP. Silencio. ¿Oyes, Leonardo?

LEON. Sí... es la Princesa .. llora...

IMP. No, no escuches... no es nada...

DON. Sí, llora... es su madre que llora... la oigo llorar. ¿Oís? Ahora más cerca, más cerca, cada vez más cerca...

LEON. Vienen hacia aquí... la impiden el paso sin duda.

IMP. Esperad... Ahora pasan... ¡Ah, vamos, vamos de aquí.

DON. Oyes cómo grita: ¡Hijo mío, hijo mío!

IMP. Vamos de aquí, vamos...

DON. No.. la oiré siempre, siempre... ¡Hijo mío, hijo mío!

IMP. ¡No puedo más... Leonardo! No eran fantasmas, no se destruye la realidad... penetra en nuestra vida, nos vence... Esa madré que llora por su hijo, mi hija que se muere de espanto y de pena, se aferran al corazón, lo destrozan... Yo nada puedo. Suceda lo que suceda...

LEON. Imperia, no; tu voluntad es fuerte... No destruyas así tu vida; lucha, triunfa...

IMP. No; no, déjame, no pienses en mí... ¡Salva á mi hija, Leonardo, salva á mi hija!

TELÓN

CUADRO QUINTO

Jardín en la Villa de Imperia

ESCENA PRIMERA

DONINA, LEONARDO y NUNÚ

LEON. No se trabaja más por hoy, Donina.

DON. Si no me canso. Por mí no...

LEON. Ya lo sé; estás fuerte, ya no hay que temer por tu salud; no es la modelo, es el artista el que se cansa. ¿Y quién trabaja hoy? ¡Qué hermoso día! Si los hombres para nuestras pobres fiestas pedimos al cielo días como éste, hoy que la naturaleza está de fiesta, con mejor razón debe pedirnos que nuestros afanes no turben su divina calma. ¿Trabajar hoy? Ni con el pensamiento. Para gozar un día así de la vida, basta que vean los ojos, que la boca respire toda la luz del cielo, los olores todos del mar y de la tierra... ¿Estás triste, Donina? ¿Por qué estás siempre triste?

NUNÚ Tiene miedo á morirse.

LEON. ¿No sabes que los médicos han dicho que ya estás buena? ¿Y ahora que eres dichosa, piensas en morirte? ¿No eres muy dichosa, Donina?

DON. Muy dichosa; por eso tengo miedo.

NUNÚ ¿Se ve desde aquí el *yate* del Príncipe Miguel?

LEON. Sí, debe verse. Allí está. Llegó esta mañana.

DON ¿Por qué vuelve el Príncipe Miguel? ¿No decían que iba á ser Emperador?

LEON. Nada sé, Donina. Nada debe importarnos. El imperio de Suavia está muy lejos.

DON. Demasiado cerca todavía.

NUNÚ ¿Por qué no nos embarcamos como ayer? ¿Vamos á pasarnos aquí toda la tarde?

DON. ¿Te aburres?

NUNÚ Yo no; pero el aire del mar te conviene. No salimos nunca de aquí.

DON. ¡Es tan hermoso!

NUNÚ Sí, pero cansa... Está uno como preso...

DON. ¡Como preso!

LEON. (Bajo á Nunú.) ¡Que mal finges, Nunú!

NUNÚ Es que no puedo más con esta vida.

ESCENA II

DICHOS, IMPERIA

IMP. Pronto ha terminado hoy el trabajo. ¿Es que no está buena Donina?

DON. No; ha sido Leonardo.

LEON. Sí, yo, yo... siempre perezoso; falta muy poco para terminar.

DON. ¡Si vieras qué parecida estoy!

IMP. No quiero ver la obra hasta que esté terminada. ¿Se parece á mí cuando me conociste, cuando fuí tu modelo?

LEON. No, Imperia; en las líneas hay algo, pero la expresión es otra; había más vida en tí... Donina no podría subir entre rocas y llegar á un trono.

IMP. ¿Para qué? No, ahora copia fielmente su dulzura triste, copia nada más, no expreses idea alguna en tu obra. Mi estatua era para que todos la admirasen, para que triunfara eternamente... y ésta es para mí, sólo para mí; sepa tu arte robar á la muerte cuanto

pueda de esa vida, que no podemos salvar de otro modo.

LEON. Dije que yo me cansaba, pero es que me asustó su palidez, su respirar fatigoso. ¡No hay remedio!

IMP. Y aseguran que los que mueren así nunca conocen que llega la muerte... Y Donina solo habla de morir; lo conoce, lo espera..

LEON. No lo creas. Es malicia de enfermo, es el mismo temor á la muerte... Ella sabe que es síntoma funesto no saber que se muere y finge saberlo para engañarse á sí misma.. pero no lo cree... (Se oye reir á Donina.)

IMP. ¡Ríe!... ¡Está alegre!... ¡Es dichosa! ¿Qué haces, Donina?

DON. Coger flores, rosas para tí. ¿No es tu flor preferida? Me reía porque Nunú me contaba una historia á propósito de las rosas... una historia desvergonzada... pero de mucha risa... como él las sabe... Es de las rosas del jardín de un convento; llega el diablo al convento y de cada rosal prende un diablillo color de rosa; tan de color de rosa, que más parecen angelitos... Las pobres monjas creen que están en pecado y por no escandalizar quieren ocultarlos en sus celdas; pero los pícaros diablillos se escapan, corren, brincan... hacen mil travesuras, cantan en el coro, bailan al son del órgano, voltean las campanas en el campanario y al final... no, el final no le cuento... Es de mucha risa pero me da vergüenza... Cuéntalo tu Nunú, para que se ría como yo me río.

NUNÚ ¡Qué tontería! Ven á coger más rosas.

IMP. ¡Ríe, ríe, Donina! ¡Ah, Leonardo! ¿Por qué perdemos nuestra vida en sueños ambiciosos? La verdadera vida es esta; la que nace de nuestro amor en nuestras entrañas... ¡La risa de un hijo es la única razón verdadera que nos da la vida de lo que vale nuestra vida!

LEON. Entonces... ¿No irás á Suavia? El Príncipe Miguel que sólo ha vuelto por tí... marchará solo á regir el Imperio.

IMP. Afirma que si no vuelvo con él, no aceptará el Imperio; que para siempre perderá en los mares su barco hacia un país ignorado, donde vivirá sin que nadie sepa de su existencia... Su espíritu indolente sólo hallaba energía en mí.

LEON. Y tú...

IMP. Mientras viva mi hija, mi vida está aquí.

LEON. ¡Será tan poco tiempo!

IMP. Nunca he deseado como ahora detener la vida... En un día como éste, parece que no puede morirse nunca; que no podemos pasar por la vida como sombras para contemplar al paso la tierra, el mar y el cielo que nos dicen á un tiempo su eternidad y nuestra muerte... ¡Sería una burla cruel nuestra vida! No; algo inmortal hay en nosotros más eterno, más grande que ese mar y ese cielo.

LEON. ¿Pero qué hay en nuestra vida que merezca ser inmortal? ¿Lo que fuimos, lo que aparentamos ser, lo que se amó, lo que soñamos? ¿Dónde está nuestra vida verdadera?

(Vuelven Donina y Nunú con un brazado de rosas.)

DON. Mira qué hermosas rosas de todos los colores... Tráelas aquí, Nunú... Las hemos cortado todas... ¿Qué importa? Mañana estarán otra vez cuajados de ellas los rosales.

IMP. No hay flores más hermosas.

LEON. Ni que más hablen de la vida. Todos los colores de la carne son sus colores; rojas como sangre, como labios encendidos; rosadas como carnes de niño; ambarinas con suave caricia de carmín, como desnudos del Ticiano; estas, opulentas de vida, como diosas de Rubens... estas exangües, pálidas como manos de virgen...

DON. Y éstas amarillas como la cera, como los muertos.

LEON. Calla, Donina .. No, todas viven, ninguna habla de muerte... Mira cómo viven.. Así, vueltas, semejan mujercitas; como faldas, las hojas de sus corolas... Mira esta, parece una graciosa marquesa *Pompadour* con sus

paniers de rosa, y el tallo el ta
estas dos verdes hojas á los la
gas abullonadas. Algo le falt
un pétalo figuro una cabecita
cuello fino de mi marquesita
llos que se afinaban para la gr
dijo el poeta... Esta parece u
España con su pomposo guarda-infante... y esta de carmesí aterciopelado, triunfante dogaresa veneciana... ¿No es verdad que vueltas así las rosas parecen figurillas de mujer?

DON. Es verdad. ¡Qué graciosas! ¡Parecen mujercitas! Mira, Nunú... No mires, eres capaz de creer que son mujeres y enamorarte de ellas... Antes las deshojo todas. Toma, toma... (Tirándole rosas.)

NUNÚ Es batalla de flores .. espera. (Tirándole rosas también.)

DON. Espera tú... (Salen corriendo y tirándose rosas.)

IMP. No puede ser la muerte, Leonardo; es feliz mi Donina.

LEON. Mentirosa felicidad. Tú sabes lo que te cuesta.

IMP. Sí... Donina no podría vivir sin él... á pesar de todo. Yo le obligué á venir; por miedo y por interés le tengo bien sujeto, condenado á fingir amor. El miserable quiso huir, pero yo le amenacé con hacerle llevar á Suavia acusado de la muerte del Príncipe Florencio; lo creyó... ¡Y qué importa que mienta, si mi Donina le ha perdonado y es dichosa creyéndose querida como nunca y muere feliz con su ilusión! Sin este engaño hubiera muerto desesperada con la tristeza del remordimiento y de la traición.

LEON. ¿Y crees que Nunú sabrá fingir mucho tiempo?

IMP. No cuento con su virtud, cuento con su interés. Estoy aquí para obligarle.

LEON. El coche de la Condesa Rinaldi se detiene á la entrada del jardín.

IMP. La traerá el deseo de saber si vuelvo á Suavia. Habrá visto el *yate* del Príncipe. Dí que

no estoy, despídela pronto. Me es odiosa esa mujer...

LEON. Odiosa. ¿Por qué? Es otra sombra triste que pasa por la vida; eterna perseguidora de ideales... (Sale Imperia.)

ESCENA III

LEONARDO y LA CONDESA

RIN. ¡Leonardo!

LEON. ¡Querida Condesa! ¿Os han dicho que Imperia no se hallaba aquí?

RIN. No he preguntado. Nadie me salió al paso. Estaba segura de encontrar á alguien. Desde que Imperia vive en familia... y vos sois de los más allegados...

LEON. Siempre como artista.

RIN. Todo vuelve á su tiempo cuando no se fué para siempre. Pero tened cuidado; el Príncipe Miguel ha vuelto también á pesar de todo.

LEON. ¿A pesar de todo? Pensó volver siempre.

RIN. Parecía que después del suicidio del Príncipe Florencio... suicidio; advertid cómo respeto la verdad oficial.

LEON. Es la única verdad; después de todo, de ella vivimos.

RIN. Lo malo es que la gente se atiene más á la... mentira verosímil... Como nadie pudo explicarse el suicidio...

LEON. Preguntad al Signore.

RIN. Por él no quedaría. Un crimen hubiera asustado á la clientela aristocrática que se deja aquí el dinero... Aquí no puede nadie morirse ni matarse sino por algo agradable. Se muere uno de felicidad, y se mata por no hacer á nadie desgraciado. En fin, hemos convenido en creerlo todo. Son historias de la noche del sábado... como la de Ladý Seymour... ¿No sabéis?

LEON. ¿También se ha suicidado?

RIN. No; la he visto con un brazo en cabestrillo;

una caída de automóvil... El año pasado fué un golpe en una ceja... caída de un caballo. Coinciden siempre estas caídas, con un largo viaje de su marido, que dura dos ó tres meses... lo bastante para que se cicatricen las heridas.

LEON. Físicas y morales, ¿no es eso?

RIN. Me atengo á la verdad oficial.

LEON. Nunca nos falte. Os hallo de muy buen color y de aspecto muy saludable... y de una austeridad en la *toilette*...

RIN. El cambio de vida.. La neurastenia se apoderaba de mí; pero el médico me impuso un régimen severísimo. Hay que sujetar esos nervios, me dijo; tened presente que la neurastenia ya no está de moda; el reinado de los nervios ha concluído; se inicia el renacimiento de la musculatura.

LEON. Seréis el Miguel Angel de ese renacimiento.

RIN. Por fortuna, no me ha costado trabajo cambiar de vida. El cielo ha querido ponerme en camino de salvación.

LEON. ¿Sin elefantes?

RIN. No recordéis esas locuras. Todo ha concluído. Figuraos que en uno de mis paseos higiénicos por los alrededores, llegué por casualidad á la puerta de un convento de franciscanos; se me ocurrió entrar; predicaba un fraile pálido, de luengas barbas. ¡Qué sermón! ¡Cómo hablaba del amor á las criaturas y del amor divino!

LEON. De la primera parte hubiérais podido predicar con más conocimiento.

RIN. No os burléis. Soy otra desde entonces. He vuelto á oirle todas las tardes. Es un San Francisco de Asís... He tomado á mi cargo reedificar el convento; pienso organizar una serie de fiestas.

LEON. ¡Pobre santo! Las de San Antonio no fueron nada.

RIN. No habléis así; no le conocéis.

LEON. Pero os conozco.

RIN. Acepto los juicios del mundo como una humillación merecida; aun quisiera que todos

me juzgaran peor... Por realizar mi obra, iré pidiendo de puerta en puerta. Cuento con Imperia y con vos. Me enviaréis alguna obra vuestra para la *kermesse* que organizo.

LEON. Con mucho gusto. Algo alusivo... Una Magdalena. ¿La queréis antes ó después del arrepentimiento?

RIN. Que no esté muy ligera de ropa.

LEON. Entonces antes; por el desierto ya sabéis cómo andaba; como andaréis vos dentro de poco, salvo el desierto.

ESCENA IV

DICHOS, DONINA y NUNÚ

DON. (Persiguiendo á Nunú.) No corras, no; dame esa carta, dame ó...

NUNÚ (Por la Condesa.) ¡Calla! ¿No ves?.. Siempre lo mismo.

DON. Siempre lo mismo, tú..

NUNÚ Que calles te digo.

RIN. (A Leonardo.) No busquéis una explicación .. Son los protegidos de Imperia... ¿Dafnis y Cloe? ¿Pablo y Virginia? Esta *villa* es el jardín del amor, por lo que veo.

LEON. Del amor profano; no es para vos.

RIN. Diréis á Imperia el objeto de mi visita.

LEON. Anunciaré vuestra conversión.

RIN. Primeramente; después le diréis que cuento con ella para...

LEON. Descuidad.

RIN. Son interesantes estos enamorados. Son dos niños... ¿El, qué edad tiene?

LEON. Muy buena edad, Condesa. (Salen la Condesa y Leonardo.)

ESCENA V

DONINA y NUNÚ

DON. Dame esa carta, dame esa carta...

NUNÚ Eso es, grita, llora, patalea como siempre; que se enteren todos, que tenga yo la culpa si te pones peor. ¿No te digo que es para Tommy? ¿No lo ves? ¿Qué quieres que le diga?

DON. Para Tommy... el sobre: pero dentro puede ir otra carta; puede ser convenido... Si no tuviera nada de particular, la hubieras escrito sin ocultarte... me lo hubieras dicho. ¿No puedo yo saber lo que escribes á Tommy?

NUNÚ Merecías saberlo.

DON. Pues lo sabré... la carta...

NUNÚ ¡Suelta, suelta!

DON. ¡Ay, no puedo!... ¡Dios mío, me ahogo!

NUNÚ ¿Lo ves?

DON. ¡Dios mío!

ESCENA VI

DICHOS y LEONARDO

LEON. ¿Qué es eso? ¿Qué tiene Donina?

DON. Nada, nada.

NUNÚ Está loca. Se empeñó en leer una carta que he escrito á un amigo. No puede uno vivir... Y creen que le pagan á uno porque nada le falta... Si no fuera...

DON. ¿Que te pagan... si no fuera... qué quieres decir?

LEON. ¡Nunú! ¿Por qué atormentas á Donina?

DON. No gozó nunca de otro modo; cuando he dado mi vida y mi alma por él... porque por él me muero y por él... he matado, para que mi alma se condene.

LEON. ¡Donina! ¿Qué has hecho, miserable? ¡Tanto te costaba esperar!

NUNÚ ¡Esperar! Yo he esperado bastante... ¡No puedo más! ¡Basta de esclavitud! ¿Quieres leer la carta? ¿Quieres saber lo que escribo á un amigo?... Lee... lee...

DON. (Cogiendo la carta.) ¡Ah!

NUNÚ ¡Lee!... Yo no tengo la culpa...

LEON. ¿Qué dice esa carta?

DON. (Cayendo desplomada.) ¡Jesús!

LEON. ¿Qué has hecho?... ¡Donina .. Donina!

NUNÚ Yo no tengo la culpa.

ESCENA VII

DICHOS, IMPERIA

LEON. Imperia... Donina se muere...

IMP. ¡Mi hija! ¡Donina!

DON. ¡Dejadme, dejadme! ¡Quiero morirme sola! ¡Todo mentira!

IMP. ¿Qué ha sucedido? Esta carta... ¿Qué dice esta carta?

DON. ¡Dejadme, dejadme!

IMP. ¡Ah, miserable! ¡Has matado á mi hija... has matado á mi hija!

NUNÚ Yo no tengo la culpa... Ella lo ha querido... Bastante he soportado... Quiero mi libertad.

IMP. ¡Tu libertad! ¿Olvidas que estás en mi poder?... ¡Miserable, miserable! Yo creí que bastaba poner buen precio á tu alma para hacer de ella lo que se quisiera... bueno ó malo... pero no era la vida que tú llevabas la que te hacía ser malo; era tu corazón perverso, tu alma hermana del Príncipe Florencio; alma de infierno como la suya, incapaces de amor y de piedad.

DON. Dejadle ir, dejadle ir. ¿Por qué le obligaste á mentirme? ¿Por qué mentiste tú también? Eres libre, Nunú, yo te perdono... No tendrás que esperar mi muerte con impaciencia para cobrar tu engaño... No le niegues

nada. Fingió bastante... Yo sé la verdad... que me muero... es la única verdad que le debo.

IMP. Esa carta... la escribiste para que llegara á sus manos, estoy segura... Sabes asesinar á mansalva.

NUNÚ No es verdad... Fué ella...

IMP. Vete, sal de aquí; no des tiempo á que Donina no pueda pedirme tu perdón. Sal de aquí, pronto...

NUNÚ ¿Así?...

LEON. Descuida... Se te pagará... (Salen Nunú y Leonardo.)

DON. ¿Por qué has mentido? Si todo lo que era mi vida era mentira, ¿cómo puedo vivir?

IMP. ¡Donina!

DON. Y para tí también es un estorbo mi vida... Te esperan allí... El Príncipe de ese Imperio de maldición, de ese Imperio de hielo... Allí está el barco blanco con sus hombres pálidos... el que ha de llevarte á ese Imperio que ambicionas...

IMP. No, no, Donina; aquí siempre, aquí contigo... Verás alejarse ese barco como un fantasma blanco, y yo siempre contigo, siempre. La verdad de nuestro cariño será la única verdad de nuestra vida... Contigo siempre, siempre.

DON. Esperando mi muerte... como él la esperaba.

IMP. No, Donina, tu vida. . que es mi vida.

DON. Antes que el barco como un fantasma blanco, me iré yo para siempre, sin sentir... como una sombra que pasó por tu vida.

IMP. No, mi Donina, hija de mis entrañas... del único amor de mi vida... Como sombras puede pasar por nuestra vida... todo... todo... solo queda lo que vivió en el corazón.

ESCENA VIII

DICHOS, LEONARDO y EL PRÍNCIPE MIGUEL.

LEON. Imperia.. El Príncipe...

IMP. ¡Ah! ¿Por qué vienes?

P. MIG. Nada me contestaste... Esperé todo el día.

DON. Viene por tí...

IMP. No iré.

DON. Sé la verdad. Te juro que me mataré, si por mentir todavía eres más cruel quedándote aquí á esperar mi muerte.

IMP. ¿Que dices?

DON. Dime que no esperarás, que hoy mismo... Juro que me mataré antes que ser un estorbo en tu vida... ¿Irás?

IMP. Iré... Hoy mismo... ahora déjame... Leonardo, acompaña á Donina.

LEON. ¡Donina!

DON No, no es nada... ya estoy tranquila, ya sé que es la muerte. (Salen Leonardo y Donina.)

ESCENA IX

IMPERIA y EL PRÍNCIPE MIGUEL

P. MIG ¿Vendrás?

IMP. Iré...

P. MIG Sin tí no hubiera vuelto nunca.

IMP. ¿Hubieras renunciado al Imperio?

P. MIG Seguramente... Si ya es difícil conseguir para uno mismo una amable tranquilidad .. piensa lo que será para un Imperio... Millones de seres humanos que pretenden ser dichosos y esperan su felicidad de nuestras sabias leyes...

IMP. No hables así. ¡Qué cobardía! ¡Renunciar á un derecho divino! Los millones de seres humanos de tu Imperio, no lograrán por tí su felicidad... ¡Ni á los que están más cerca de nuestro corazón podemos hacer felices!...

¡La muerte y el dolor son invencibles; pero el esfuerzo solo por vencerlos ya nos iguala á Dios! Tú nada sabes de la vida; ni el bien ni el mal tienen sentido claro para tí .. Para mí sí... yo he luchado en mi vida como puede lucharse en muchas vidas... La miseria, la vergüenza, el odio, crueldades, injusticias... todo lo he padecido... por eso puedo decirte: haz obra de amor y de justicia y tu Imperio será glorioso entre todos.

ESCENA X

DICHOS y LEONARDO

LEON. Donina duerme; gracias á un calmante, pude conseguir que durmiera... Si has de partir, mejor es ahora; la despedida sería muy triste... Yo quedo aquí á su lado.

IMP. ¿Qué dices? ¿Marcharme? ¡No, no!

P. MIG. Tráela contigo.

IMP. Sería matarla. ¡No, no!

LEON. Si su muerte es inevitable.

IMP. Aun vive. . ¡No! Aquí, con ella... ¿No puedes esperar? ¡Oh! No... es horrible... Esperar...

LEON. Alteza... dejadla ahora... os aseguro que irá.

P. MIG. Imperia... Si no vienes antes de anochecer, mi barco partirá sin mí, llevando mi abdicación... yo volveré aquí á tu lado, á nuestra vida... Y el imperio de Suavia se habrá perdido para tí como un sueño... (Sale el Príncipe.)

IMP. ¡Leonardo! ¿Qué debo hacer? ¡Soy tu Imperia! ¡Tu idea! Dame tu voluntad. ¿Qué debo hacer?

LEON. Tu vida es tuya; tu voluntad es tuya. ¿No sabes dónde está tu vida?

IMP. Sí; mi vida es tu idea... mi sueño... Iré, iré... Pero mi hija .. ¿Dices que duerme?... Quiero verla.

LEON. Te faltará valor.

IMP. No; quiero verla, quiero verla.

LEON. No te irás si la ves... ¡Imperia! No irás, no

irás... (Entra Imperia. Leonardo escucha. A poco vuelve Imperia.) ¡Imperia!

IMP. ¡Duerme!... Besé su frente y no se ha despertado.

LEON. ¿Besaste su frente?

IMP. Debo partir... ¿verdad, Leonardo?

LEON. Sí... Triunfa, Imperia... es la idea que triunfa... pero antes dime... quiero saberlo... Cuando besaste á tu hija...

IMP. ¿Qué quieres saber?

LEON. ¿Su frente estaba fría?

IMP. Sí... ¿Quieres saberlo? Está muerta... Y no me detiene su muerte... ¿Te espanta?

LEON. Tu alma es grande... Me espantas y te admiro.

IMP. Para realizar algo grande en la vida, hay que destruir la realidad; apartar sus fantasmas que nos cierran el paso... seguir como única realidad el camino de nuestros sueños, hacia lo ideal, donde vuelan las almas en su noche del sábado... unas hacia el mal, para perderse en él como espíritus de las tinieblas; otras hacia el bien, para vivir eternamente como espíritus de luz y de amor... ¡Adiós, Leonardo!

LEON. ¡Adiós, Imperia!

IMP. Es el beso del alma que me diste; grande como tu idea.

FIN DE LA OBRA

OBRAS DEL MISMO AUTOR

Teatro Fantástico.
Versos.
Cartas de mujeres (Agotada).
Figulinas.
Noches de verano.
El criado de Don Juan.

TEATRO

El nido ajeno, tres actos.
Gente conocida, cuatro actos.
El marido de la Téllez, un acto.
De alivio (Monólogo).
Don Juan (Traducción de Moliere), cinco actos.
La Farándula, dos actos.
La comida de las fieras, cuatro actos.
Teatro feminista (1), un acto.
Cuento de amor (Refundición de Shakespeare), tres actos.
Despedida cruel, un acto.
La Gata de Angora, cuatro actos.
Por la herida, un acto.
Operación quirúrgica, un acto.
Viaje de instrucción (2), un acto.
Modas, un acto.
Lo cursi, tres actos.
Sin querer, un acto.
Sacrificios, tres actos.
La Gobernadora, tres actos.
El primo Román, tres actos.
Amor de amar, dos actos.
Libertad (Traducción de Rusiñol), tres actos.
El tren de los maridos, dos actos.
Alma triunfante, tres actos.
El automóvil, dos actos.
La noche del sábado, cinco cuadros.

EN PREPARACION

En Madrid y en varias casas (Novela).

---

(1) Música del maestro Barbero.
(2) Música del maestro Vives.

OBRAS DEL MISMO AUTOR

Teatro Fantástico.
Versos.
Cartas de mujeres (Agotada).
Rigoletto.
Noches de verano.
El crédito de Don Juan.

TEATRO

El nido ajeno, tres actos.
Gente conocida, cuatro actos.
El marido de la Tiella, un acto.
De alivio (Monólogo).
Don Juan (Traducción de Moliere), cinco actos.
La Farándula, dos actos.
La comida de las fieras, cuatro actos.
Teatro fantástico (1), un acto.
Cuento de amor (Refundición de Shakespeare), tres actos.
Despedida cruel, un acto.
La Gaita de Angora, cuatro actos.
Por la herida, un acto.
Operación quirúrgica, un acto.
Viaje de instrucción (2), un acto
Modas, un acto.
Lo cursi, tres actos.
Sin querer, un acto.
Sacrificios, tres actos.
La Gobernadora, tres actos.
El primo Isidro, tres actos.
Amor de amor, dos actos.
Libertad (Traducción de Rusiñol), tres actos.
El tren de los maridos, dos actos.
Alma franqueta, tres actos.
El autómovil, dos actos.
La noche del sábado, cinco cuadros.

EN PREPARACION

En Madrid y en varias casas (Novela).

---

(1) Música del maestro Barbero
(2) Música del maestro Vives.

Los ejemplares de esta obra se halla de venta en todas las librerías.

Será considerado como fraudulent todo ejemplar que carezca del sello d la *Sociedad de Autores Españoles*.